

Domingos AÑO - A

1 de Adviento

Preparar el corazón

“Velad, pues, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Comprended que si supiera el dueño de la casa a qué hora viene el ladrón, estaría en vela y no permitiría que penetrase en la casa” (Mt 24, 42-43)

Es muy plástica la imagen del que está en vela por la noche esperando la llegada de una persona. Lo que se suele hacer en esos casos para que a uno no le venza el sueño es hablar, pasear o pellizcarse. La Iglesia está a la espera del Mesías, que va a llegar, y nos propone estos dos medios: la oración y la mortificación. En la oración veremos qué hemos de preparar (poner o quitar en nuestra alma), y con la mortificación hacerlo, para que Jesús encuentre bien dispuesto nuestro corazón cuando llegue.

Muchos se preparan, además, con la Novena de la Inmaculada: unos días en los que se mira a María, se habla con ella, y ante su mirada uno comprende en qué debe mejorar. Ella es quien mejor conoce lo que le gusta a Jesús, y puede decirnos cómo se preparó en aquel primer Adviento, desde que el Ángel le reveló que Jesús ya estaba en ella.

Consideramos a la Virgen estos días como la Inmaculada. Dios la hizo así, concebida sin pecado, y así vivió ella. Dios se escogió como Madre una persona a la que Él mismo creó perfectamente limpia para ser el sagrario más precioso, pero ella correspondió a ese don y a esa confianza de Dios siendo pura. La pureza del alma, en todos sus aspectos, hace grato a Dios. Por eso se le apareció el Ángel, por eso le pudo hablar Dios. Sólo los que son limpios de corazón pueden ver y escuchar a Dios en la oración.

Nosotros –que no somos inmaculados– necesitamos purificación. Hemos de raspar con la penitencia los pecados veniales e imperfecciones, y las malas inclinaciones que han dejado en nuestras facultades los pecados anteriores; hemos de vivir la templanza en el gusto, en el tacto, en la imaginación, en la voluntad, en el desorden de la inteligencia y en nuestros afectos.

Madre nuestra, a Ti acudimos estos días con oración y penitencia; ayúdanos a ser como Tú, para recibir a Jesús como Tú le recibiste.

2 de Adviento

Templanza

“Por aquellos días apareció Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y decía: «Haced penitencia, pues el reino de los cielos está para llegar»... Juan llevaba un vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre” (Mt 3, 1-4)

Sorprende la figura recia y austera del Bautista; es toda una imagen de lo que predicaba: la necesidad de estar desprendidos de las cosas de la tierra. La vida es un camino que ha de acabar en Dios. Es un camino corto, y lo que importa es acertar a entrar por la puerta estrecha. Quien cifre su felicidad en la comodidad, en el confort, en la falta de sobriedad acabará olvidando que es peregrino que va a la casa del Padre, y no atinará a entrar.

Nos es necesaria la templanza en esta vida para poder entrar en la otra. Los bienes de la tierra son objetivamente buenos como medios, pero subjetivamente pueden convertirse en estorbo, y llenar el corazón de tal manera, que uno esté tan grueso, que le sea imposible entrar por la puerta angosta. En la medida que no utilizamos las cosas como instrumentos sino como fines, se convierten en tiranos y esclavizan.

Se nos pide una templanza habitual, estando desprendidos de las cosas que usamos, viviendo la castidad, la mansedumbre, la sobriedad en muchas facetas: en la comida y en la bebida, en el uso de la televisión, en la curiosidad, en el deseo de sobresalir, en el afán de lujo, en la preocupación excesiva por el vestido o las diversiones. Quien no es sobrio, es como el deportista que ha comido mucho y no está ágil para hacer deporte. Quien no es templado, no puede escuchar a Dios y le resultará muy difícil hacer lo que debe. En el Adviento resuenan cada año las palabras de Juan el Bautista como un toque de atención, como un aviso a los viajeros para que estemos a lo que tenemos que estar en esta vida y no nos despistemos.

Que no me despiste, Señor; voy a hacer un parón para replantearme cómo estoy viviendo a lo largo del día, porque lo que me interesa realmente es oír tu voz, prepararme para este encuentro de la Navidad, en el que Tú me quieres decir tantas cosas.

3 de Adviento

Apostolado

“¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro? Jesús les respondió: «Id a anunciar a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados»” (Mt 11, 3-5)

Juan Bautista estaba encarcelado y, con buen método pedagógico, envía a sus discípulos a que conozcan a Jesús haciéndole esa pregunta, quizá para que se hagan discípulos suyos (Juan siempre llevando a la gente a Dios). Y Jesús les contesta con una frase que alude a una profecía claramente mesiánica: cuando llegue el Mesías se acabarán todos los males, porque él será el libertador del hombre.

A la vez, Jesús les expuso de qué liberación se trataba: había venido a salvar de los pecados, de la ignorancia y del sufrimiento. La señal de que uno ha entendido el Reino de Jesús y a él pertenece es que trata de vivir sin pecado, procura conocer la verdad de la revelación y si padece el sufrimiento –como lo padeció Cristo– lo ofrece al Padre para reparar los pecados.

Y existe otra señal clara de que uno ha entendido a Jesús: el apostolado, ayudar a los amigos a que quiten sus pecados (limpiar leprosos), explicarles la doctrina cristiana (evangelizar a los que no la conocen, y por eso son verdaderamente pobres), y tratar de solucionar el sufrimiento ajeno (escuchando, comprendiendo, animando, dedicando tiempo, viviendo la solidaridad). No es verdaderamente cristiano quien se encierra en sus problemas personales y vive al margen de las necesidades ajenas. Los demás nos necesitan; mejor dicho, Dios cuenta con nosotros para ayudar a los demás a solucionar sus problemas humanos, y sobre todo ayudarles a estar cerca de Dios.

¿Qué puedo hacer en estos días próximos a la Navidad? ¿No seré yo acaso la persona con la que Dios cuenta, y que no han de esperar a otro? ¿Hay alguien que necesita de mí? ¿Estoy tan encerrado en mis problemas que no veo los de los demás? ¿Puedo ir a visitar a algún enfermo o a alguien que esté solo? ¿Qué puedo hacer para acercar a alguna persona más a Dios?

4 de Adviento

La vocación de José

“Se le apareció un ángel del Señor y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús»” (Mt 1,20-21)

José era un hombre justo, bueno, cercano a Dios. Por eso Dios quiso pedirle más. Dios siempre habla con los hombres pidiéndoles su colaboración, para apoyarse en ellos. Así habló con Abrahán, con Moisés y los Profetas. También cuenta con nosotros para realizar sus maravillas entre los hombres, y en nosotros. En el juego divino de la entrega es como si Dios pidiera una mano, y cuando se le ha dado, pide el brazo, y si se le da, pide la vida entera. Dios a quien más ama más le pide, para poderle dar más. Pero esto puede dar miedo.

En toda vocación hay un ángel, alguien que nos habla de parte de Dios con sus palabras o con su ejemplo. Y ante la voz de Dios surge el temor. Porque en la entrega de uno mismo parece que algo se pierde, algo hay que romper. Quizá el amor propio, la propia seguridad, el proyecto personal de futuro. Miedo, además, ante la fuerza y el proyecto de Dios, que nos sobrepasa.

José teme por eso; teme perder a su esposa, a quien más ama, pues intuye que Dios ha hecho obras grandes en ella, y prefiere desaparecer de la escena. Ante lo sobrenatural tiene miedo. Pero el ángel le tranquiliza: le habla de su vocación, del porqué y del para qué de su vida. Tiene que ser San José. Y su misión consiste en cuidar del Mesías y de su Madre.

No hemos de tener miedo a ser santos, si es el mismo Dios quien nos lo plantea. Podemos serlo con la gracia del bautismo, y con la gracia de la vocación particular si la hemos recibido. Lo que se necesita es poner de nuestra parte toda nuestra libertad, nuestras energías, toda nuestra vida; ser fieles.

Cuando yo no entienda los planes divinos, iré a la oración a preguntarte. Y tarde o temprano Tú me enviarás un ángel (como a José, como a María recogida en oración, como a Jesús en su oración en el huerto), que también me dirá: No temas.

La Sagrada Familia

Obedecer a Dios

“Cuando se marcharon los magos, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo»” (Mt 2, 13-14)

Es todavía de noche cuando la Sagrada Familia sale de Belén nada menos que hacia el lejano Egipto, pero José está acostumbrado a obedecer a Dios y lo hace con prontitud. José no inquiere sobre las razones que puede tener Dios para ordenar ese viaje, porque Dios siempre sabe más. Obedeciendo a Dios el hombre no se equivoca nunca. Sólo se equivoca cuando el príncipe de la mentira distorsiona la realidad y hace que se vean con aparente claridad cosas que no son verdad. Bendita obediencia que descomplica el alma y hace que el hombre tenga una especial confianza con Dios.

El sacrificio que comporta ponerse en marcha –o lo que sea– cuando Dios lo pide traerá en seguida el gozo. Sin él saberlo, se están cumpliendo las Escrituras sagradas (*de Egipto llamé a mi hijo*). No conoce hasta cuándo tienen que estar allí. De momento está viviendo donde Dios quiere, como Dios quiere, con quien Dios quiere, hasta que Dios quiera. Procurando trabajar y entablar amistades, santificando lo que tiene en esos momentos entre manos. Porque ahí le espera Dios.

Cuando se ama la voluntad de Dios se es muy feliz. La imaginación –movidada por la vanidad– puede sugerir que en otro lugar o con otras personas seríamos más felices o más eficaces. Pero no hay que esperar al día de mañana o a que cambien las circunstancias para servir a Dios. Ahora es cuando Dios nos espera. Entonces se cumplirán las palabras de Dios y estaremos escribiendo una historia humana que será a la vez historia santa (como la Historia Sagrada), en medio de la vida corriente.

¡Cuántas veces, Señor, no entiendo por qué me pasa lo que me pasa, y me cuesta aceptar tu voluntad, cuando en realidad cuentas con todo ese sacrificio mío para que te demuestre mi fe y mi obediencia, y Tú puedas escribir la historia que deseas! No quiero solamente aceptar lo que me duele, sino que lo amo, porque sé que Tú sabes más y sabes sacar mayores bienes. Confío en Ti.

2 después de Navidad

Dios entre nosotros

“En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios... Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por Él, y el mundo no le conoció” (Jn 1, 1-10)

En el primer domingo del año la Iglesia desea que volvamos nuestros ojos hacia Aquél que es principio y fin de nuestra vida: Dios; y en concreto contemplemos a Dios entre nosotros, a la Segunda Persona de la Trinidad que es Jesucristo. Él está ahora con el Padre en la eternidad, pero continúa en el mundo, junto a nosotros. Los hombres guardamos los sucesos en fotografías o en películas; son hechos que ya no volverán a ser, porque ese tiempo ya no existe, y sólo los podemos hacer presentes con la memoria. Pero no sucede así con los hechos de Jesús, porque se *archivan* en la eternidad de Dios, en un eterno presente. Jesús se hizo niño, y siempre será Niño, y así le podemos tratar. Jesús se hizo trabajador y también así le podemos tratar; se entregó en la Cruz, y le podemos tratar en la Cruz.

Cristo no es un personaje que vivió en la historia y que pasó. Al ser a la vez Dios, sigue entre nosotros de una manera misteriosa, a través de su Iglesia y de su liturgia, especialmente en la Eucaristía y en nuestra alma en gracia. Está en el mundo, con nosotros está y a veces no le conocemos; no nos damos cuenta y le vemos como un personaje histórico que dista de nosotros veinte siglos. Y él vino para que le conociéramos, para que le habláramos, para ser nuestro guía, nuestro descanso y nuestro consuelo; para ser la verdad de nuestra vida, el camino y la vida de nuestra vida.

Jesús, yo te quiero conocer. Quiero conocer tu vida, tus gestos, tus sentimientos, tu amor por mí y por todos. Quiero mirarte en estos días como Niño recién nacido, estar contigo y hablarte, porque sé que sin Ti la vida no tiene sentido, y contigo –que eres la luz verdadera– todo adquiere su verdadera importancia.

Ayúdame para que aprenda a ver los sucesos y las personas con tus ojos, con sentido de eternidad, con esa serenidad con la que veías las cosas cuando estabas en la tierra, con la serenidad que Tú tienes ahora.

Bautismo del Señor

La Gracia de Dios

“Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrió el cielo y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz del cielo que decía: «Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto»” (Mt 3, 16-17)

Nuestra relación con Dios ha de ser mucho más que un sentimiento, mucho más que un conocimiento de alguien que vive separado de nosotros. Puede ser –es– algo muy íntimo: Dios vive en el alma del justo, por la gracia que Él infunde. Por la gracia recibimos una participación en la naturaleza divina y somos constituidos en hijos de Dios; y así como comienza a estar en nosotros y puede perderse por el pecado grave, también puede aumentar por la recepción de los sacramentos y las obras buenas. Aumentando en nosotros, somos más hijos de Dios, poseemos más divinidad. La gracia no es una simple *relación* de Dios con el hombre, es una donación de algo que nos transforma y diviniza.

Por eso, al comienzo del año la Iglesia pone a nuestra consideración el Bautismo del Señor, porque por ese sacramento comenzamos a ser hijos de Dios. Él tiene sus caminos ocultos para dar la gracia a quienes no han oído hablar de Jesucristo ni de su Iglesia, pero lo ordinario es entrar en comunión con Dios recibiendo este sacramento. Para eso lo ha instituido Jesús: “El que crea y se bautizare será salvo” (Mc 16,16). De esta manera entramos a formar parte de la Iglesia y podemos participar en su liturgia dando culto agradable a Dios.

Gracias, Señor, porque he tenido la inmensa suerte de haber sido bautizado y moras en mi alma en gracia como en un templo. Sin yo saberlo soy un sagrario viviente, algo santo. Gracias, Señor, porque aunque no me dé cuenta a veces, Tú vives en mí. Perdóname porque en ocasiones no valoro el tesoro más importante que es mi alma en gracia, y me he alejado de Ti.

Renuevo ahora las promesas de mi bautismo. Ayúdame con tus gracias concretas para que nunca me separe de Ti y pueda decir que también yo soy un hijo amado del Padre.

2 tiempo ordinario

Quitar el pecado

“Al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29)

¡Qué terrible sería si no tuviéramos el sacramento del perdón, si después de recibir el Bautismo y participar de la vida divina perdiéramos para siempre la amistad con Dios por el pecado mortal! Pero cómo nos conoce Dios y qué bien dispone las cosas para que podamos volver a su amistad perdida! Para eso vino el Verbo a este mundo, para quitar el pecado. Con su entrega en la Cruz mereció la gracia: he aquí el Cordero que quita el pecado del mundo. Pero Dios cuenta con el hombre; Dios sabe que el hombre es libre para hacer el mal, pero por eso mismo es libre para arrepentirse y pedirle perdón a Él, que es a quien se ofende al pecar.

Hace falta una disposición interior de *conversión* hacia Dios, de *penitencia* y reparación, es necesario *confesar* los pecados al sacerdote y recibir la absolución como elemento esencial de este sacramento; entonces se recibe el *perdón* de Dios y uno se *reconcilia* con Él y con la Iglesia (cf. *Catecismo*, 1423-1424). Todos estos elementos son necesarios por nuestra parte para que Dios pueda darnos su perdón. La salvación depende totalmente de Dios, efectivamente, pero en otro orden, depende totalmente de nosotros. Por eso insiste san Pablo en que nos dejemos reconciliar por Dios (cf. 2 Co 5,20; Rm 5,11).

Señor, Tú me esperas, como el padre de la parábola, y deseas mi dolor de amor cuando me alejo de Ti por el pecado para llenarme de tu gracia. Por eso iré a pedirte perdón en este sacramento, porque pedir perdón es una manera de amar, y yo necesito hacerlo con cierta frecuencia, porque sé que soy como una batería de corta duración.

Aunque por tu misericordia no te ofenda gravemente, iré porque me esperas para demostrarme tu misericordia, y yo necesito demostrarte mi cariño y recibir tu gracia en este encuentro, precisamente a través de este sacramento.

3 tiempo ordinario

La vocación

“Pasando junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos, a Simón, al que llaman Pedro, y a Andrés, su hermano, que estaban echando la red en el lago, pues eran pescadores. Les dijo: Seguidme, y os haré pescadores de hombres” (Mt 4, 18-19)

Jesús llamaba a sus apóstoles por sus nombres, a cada uno por el suyo. Porque cada uno era una persona eternamente pensada por Dios, y para cada uno tenía prevista una misión. Descubrir la propia vocación divina no es otra cosa que adivinar qué quiere Dios para mí, es decir para qué he nacido.

Pasaron los años y Pedro se convertirá en san Pedro. Jesús le sacará de sus barcas, de sus redes, de su pueblo y de sus cortas ilusiones para embarcarlo en una aventura divina. Pedro no había imaginado nunca que acabaría en Roma predicando, que sería mártir y que construirían una gran basílica que llevaría su nombre. Por sus propias fuerzas no habría podido ser la roca donde se asentaría la Iglesia; pero Jesús –que sabía lo que Pedro podría llegar a ser– lo escogió, y él, obedeciendo, llegó a ser lo que fue. Y algo semejante sucedió con los demás apóstoles fieles.

También nosotros somos fruto de un querer de Dios, por eso estamos en el mundo. Y nos ha llamado el Señor para que formemos parte de la Iglesia, unos como sacerdotes, otros como religiosos, otros como fieles laicos; pero todos con ese sentido vocacional y de misión de nuestras vidas. Toda vida es respuesta, y toda la vida es respuesta. Él sabe todo lo que podemos dar; a nosotros lo que nos toca es dejarnos llevar por Él, hacer lo que esté en nuestras manos, ser fieles a nuestra vocación. Es apasionante descubrir este sentido vocacional de la propia existencia y vivir cada día en una aventura divina.

Gracias Señor porque me has llamado, porque entiendo lo que significa mi vida, y porque quieres contar conmigo para pescar a las personas es decir, para que les ayude a descubrir su vocación y colabore contigo en su santificación. Gracias por la confianza que tienes conmigo. Pídeme, Señor, lo que quieras, y dame tu ayuda para cumplirlo.

4 tiempo ordinario

Las Bienaventuranzas

“Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo” (Mt 5, 11-12)

«Las bienaventuranzas –dice el Catecismo– responden al deseo natural de felicidad. Este deseo es de origen divino: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia Él, el único que lo puede satisfacer» (n. 1718). Todos queremos ser felices, pero con frecuencia no coincide nuestro modo subjetivo de lograrlo con lo que objetivamente nos hace bienaventurados. La consecuencia de esta equivocación es la desilusión, la amargura, el dolor en el corazón, y la injusticia y el sufrimiento que causamos a los demás. Dios conoce perfectamente los caminos que nos hacen verdaderamente felices y nos los ha comunicado: los Mandamientos, y su perfección, las Bienaventuranzas.

Lo primero que hace falta es la humildad, la pobreza de espíritu para obedecer a Dios, siguiendo sus mandatos y consejos. Y procurar vivir así, con esas actitudes de fondo en el corazón: de mansedumbre, de desprendimiento, de castidad, de misericordia, de dar la paz, de buscar la justicia aunque suponga ir contra corriente; viviendo así se es muy feliz, con esa felicidad que inunda el corazón, aun en medio de la persecución y de la calumnia. Pero hay que dejar nuestras ilusiones y cosas limitadas para capturar al Infinito, hay que dejar todo para ganar el Todo, hay que olvidarse de uno mismo para ganar a Dios.

¿Cuándo me daré cuenta, Señor, de que tengo que renunciar a mis criterios tan humanos y egoístas, que tengo que perder el miedo a lo que vayan a decir y hacer lo que debo, que he poner toda mi confianza en Ti, y sólo en Ti! ¿Cuándo me daré cuenta de que lo único que importa en esta vida es vivir de fe, cumpliendo lo que Tú sugieres, aunque yo no lo entienda ahora; y que sólo Tú eres el que da la felicidad terrena y eterna como premio a esa fe traducida en obras!

¿Pueden decir los demás sobre mí que soy una persona de Dios? ¿Sufro alguna contradicción por hacer lo que Dios desea; es decir, noto en mi vida lo que supone ser cristiano o no me cuesta nada porque vivo según mis gustos?

5 tiempo ordinario

Evangelizar

“Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa. Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo” (Mt 5, 15-16)

Muchos cristianos realizan innumerables acciones buenas: en sus casas, en su trabajo, en su barrio, en su país; acciones de carácter público como son las obras asistenciales, de promoción de los necesitados, obras de solidaridad; y muchas otras en su vida ordinaria, callada, que sólo contemplan pocas personas. Indudablemente no hemos de hacer las cosas para que nos alaben, pero es muy bueno que los demás queden edificados al ser testigos del bien hacer. Intentar ocultarlo sería un error; Dios quiere que nuestras buenas obras sean luz para los demás.

Así como hay personas aprovechan la propaganda y los medios de comunicación para difundir la duda, el egoísmo, la crítica, en una palabra, el mal; hemos de aprovechar nosotros esos medios para difundir la verdad, los valores cristianos –que son los verdaderos valores humanos– y las iniciativas que ayudan a los hombres. No basta ser buenos sino que hay que parecerlo; no basta hacer cosas buenas, sino que –si se puede– conviene darlas a conocer. Se pueden crear noticias positivas en la prensa, se puede difundir la vida de personas que son ejemplares, se puede intervenir en debates públicos, se puede intervenir en política: podemos hacer muchas cosas. Jesús advirtió que en ocasiones los hijos de las tinieblas son más sagaces que los hijos de la luz. Todos podemos influir en el ambiente social, porque toda actuación tiene, de un modo u otro, una dimensión social. La evangelización del mundo tiene muchísimas facetas, y todos podemos influir para bien.

«¿Qué he de hacer, Señor?», preguntó Saulo cuando se encontró con Jesús camino de Damasco. ¿Qué he de hacer yo para que los demás glorifiquen al Padre celestial? ¿Quizá trabajar mejor? ¿Quizá debo complicarme la vida y participar en una iniciativa apostólica? ¿Qué más puedo hacer para difundir la doctrina cristiana?

6 tiempo ordinario

Perdonar las ofensas

“Si al llevar tu ofrenda al altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y vuelve después para presentar tu ofrenda” (Mt 6, 23-24)

«La omnipotencia de Dios se manifiesta, sobre todo, en el hecho de perdonar y usar de misericordia, porque la manera de demostrar que Dios tiene el poder supremo es perdonar libremente» (*Suma Teológica*, I, q 25, a 3). Por eso, a nosotros nada nos asemeja tanto a Dios como estar siempre dispuestos al perdón. Es, también, donde mejor se manifiesta la grandeza de alma en nuestras relaciones con los demás. Y de la misma manera que Dios está dispuesto a perdonar *todo de todos*, nuestra capacidad de perdón no debe tener límites, ni por la persona, ni por la cualidad de la ofensa, ni porque sea la séptima vez ese día.

Para ejercitar esta muestra de caridad no es necesario que padezcamos grandes injurias; bastan esas cosas pequeñas que ocurren casi todos los días: pequeñas riñas en el hogar por pequeñeces, malas contestaciones o gestos destemplados en el trabajo, al manejar el automóvil, al esperar que nos atiendan,... Si todo eso lo llevamos con categoría humana y sobrenatural –perdonando– es una ofrenda muy agradable a Dios. Sería chocante, en cambio, que intentáramos llevar una vida cristiana y al menor roce se enfriara nuestra caridad y nos sintiéramos separados de alguien. Es *natural* que nos salte el genio o el amor propio, pero ese natural no es bueno; lo natural debería ser que, por haber sabido disculpar y no ser susceptibles, no tuviéramos que perdonar porque no nos sintiéramos ofendidos. A eso hemos de llegar, así debemos de ser. Jesús no se sintió ofendido por nadie, aunque sufriera malos tratos; advertía del mal, pero no habló mal de nadie ni dejó a ninguno en mal lugar.

Señor, ayúdame a arrancar mi amor propio; que vea con tus ojos a las personas, y entienda que los demás a veces no ven las cosas como las veo yo y no tratan de ofenderme; y aunque así fuera, enséñame a perdonar como Tú lo hiciste en la cruz, disculpando y rezando por los que te crucificaban. Dame, Jesús, un corazón semejante al tuyo.

7 tiempo ordinario

Porque es bueno

“Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persigan. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en los Cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia a justos y pecadores” (Mt 5, 43-45)

Fuera de la revelación judeocristiana los hombres han pensado que había que tener contentos a los dioses para que fueran favorables, para que enviaran la lluvia y no el rayo o la desgracia. El Dios de la Biblia, en cambio, no es un Dios vengativo; si castiga a quien se porta mal es para enseñar al hombre –a todos– a ser justo. Jesús nos reveló, además, que Dios es Padre, y a un padre no se le ha de temer. Hay que obedecerle, porque lo que nos manda es para nuestro bien, y también prevé en su providencia el sufrimiento para que volvamos hacia Él y abandonemos la mala conducta. Pero Dios nunca quiere el mal, y mucho menos lo envía. Él nos ha dicho de manera bella que hace llover sobre buenos y malos.

Mientras estamos en la tierra ninguno es perfecto; es más, sólo Dios es bueno. Si Dios fuera justiciero ninguno escaparía de su castigo, no llovería para nadie. Pero Dios no es así; nos conoce perfectamente a cada uno y descubre nuestro lado bueno, a pesar de nuestras deficiencias.

Cuántas veces nosotros amamos a los que nos caen bien, a los que son buenos y, en cambio, rechazamos a los que no nos gusta su modo de actuar, nos causan mal o no pueden aportarnos nada. Dios nos ama no porque seamos buenos, sino porque Él es bueno; y a pesar de todo nos quiere, nos da la vida y todos los demás bienes. Gustad y ved qué bueno es el Señor, nos sugiere la Biblia, porque es eterna su misericordia.

Que yo no me crea mejor que los demás, que no juzgue a nadie porque sólo Tú conoces a fondo el corazón humano. Señor, ayúdame a no dividir a los hombres en buenos y malos. Que no piense mal ni hable mal de nadie. Te pido por los que me han causado algún daño, dándose cuenta o sin saberlo.

8 tiempo ordinario

La providencia divina

“No andéis, por tanto, preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer, qué vamos a beber, con qué nos vamos a vestir? Por todas esas cosas se afanan los paganos. Bien sabe vuestro Padre Celestial que de todo eso estáis necesitados.” (Mt 6, 31-32)

Cuando Dios creó el mundo, no lo puso en funcionamiento con las leyes que le dio y se marchó, dejándolo a la deriva; y mucho menos ha abandonado a los hombres. De un modo discreto y misterioso, Él sigue siendo el señor del mundo y de la historia. No porque esté detrás de cada criatura moviéndola de modo mecánico, ni moviendo a cada hombre a que haga lo que debe, sino de un modo maravilloso.

Lo podemos comprobar en la historia del pueblo de Israel, en la historia reciente de occidente, y si uno se detiene a reflexionar, lo puede comprobar personalmente en su propia historia: ¿qué habría sido de nosotros si el Espíritu Santo no nos hubiera orientado interiormente con sus sugerencias, evitado los peligros, o si no hubiéramos conocido a tales personas que nos han ayudado?

Lo que sucede es que, en su modo de actuar, la providencia divina gobierna y dirige a las criaturas no al modo de las criaturas. El azar no existe porque todo tiene su razón de ser; sólo existe la casualidad para quienes no conocen las leyes de la naturaleza y para quienes no reconocen la Providencia, que va disfrazada de casualidad. Hasta el sufrimiento humano tiene su sentido; son cosas que, aun no queriéndolas Dios de modo directo, se sirve de ellas para los planes que Él tiene.

Es necesario que, mientras vivimos en este mundo, andemos preocupados por resolver los problemas, pero el fin de nuestras vidas no consiste esencialmente en solucionar los problemas humanos, sino en ser santos, en estar cerca de Dios y en ayudar a los demás a ir al Cielo. ¿Qué me preocupa hoy? Sé que debo poner los medios a mi alcance, pero por encima de todo me abandonaré filialmente en la providencia del Padre celestial y repetiré con san Josemaría Escrivá:

Señor, Dios mío: en tus manos abandono lo pasado y lo presente y lo futuro, lo pequeño y lo grande, lo poco y lo mucho, lo temporal y lo eterno.

9 tiempo ordinario

Edificar sobre roca

“El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica es como un hombre necio que edificó su casa sobre arena: Cayó la lluvia, llegaron las riadas, soplaron los vientos e irrumpieron contra aquella casa, y cayó y fue tremenda su ruina” (Mt 7, 26-27)

En nuestra vida tenemos una tarea, una única tarea primordial: la santidad. Se trata de ir como construyendo una casa que permanezca tras el terremoto tremendo que supone la muerte. Tras ese suceso se verá qué es lo que cada uno había estado edificando y cómo lo había hecho. En cuanto al fundamento, ya san Pablo dice que es Cristo (1 Co 3,11). Ser cristiano es vivir con Cristo y vivir como Él vivió. A ese modelo hemos de parecernos. Nuestra libertad son las manos con las que vamos construyendo.

Pero no hay que olvidar que el artista no debo de ser yo, sino el Espíritu Santo, porque la santidad no es algo que uno logre por sus propias fuerzas. El Espíritu Santo está en nosotros y guía suavemente nuestra alma con sus amorosas inspiraciones para que también nosotros realicemos las obras que el Padre celestial desea. En parte, lo que Dios quiere es que hagamos lo que tenemos que hacer: el trabajo bien realizado, pensar en los que nos rodean, etc.; pero también nos sugiere que hagamos cosas que podríamos no hacer o que no haríamos por nuestro gusto, que mejoremos en un aspecto, que vayamos más de prisa en otro, que hablemos de Dios a tal persona, etc.

Obedeciendo al Santificador hacemos lo mejor –con el tiempo se descubre que es así–, pero sobre todo nos estamos santificando porque Él nos santifica. Al final es lo que queda para la vida eterna.

¿Cuándo me daré cuenta, Señor, de que no estoy en la tierra para hacer cosas –aunque sean buenas–, sino para hacer lo que Tú quieres? Que no se trata de construir el edificio a mi gusto, sino al gusto tuyo. ¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!, dime qué deseas que haga para realizarlo, porque tus sugerencias son para mí mandatos.

I de Cuaresma

La verdadera doctrina

“Y acercándose el tentador le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. El respondiéndole dijo: Escrito está: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios” (Mt 4, 3-4)

Para vivir según la Palabra de Dios es necesario escucharla con detenimiento, enterarse de su verdadero sentido y asimilarla en el corazón. Entonces es luz que nos hace ser realistas, con el realismo de Dios, es decir, nos hace entender con las coordenadas de la fe, la esperanza y la caridad. Así acertamos en nuestros juicios y a la hora de actuar. El diablo es un profesional de la tentación y sabe que, quien se mueve sin la orientación del Espíritu Santo que se manifiesta en la doctrina del Magisterio y en los consejos de la dirección espiritual, actuará por intuiciones, por lo que mejor le parece a él –el subjetivismo– o por lo que más le apetece. Y con esos criterios es fácil que el hombre se equivoque, casi sin que le tiente el diablo, llegando incluso a interpretar torcidamente la Escritura santa.

Necesitamos de buenos libros que orienten bien nuestra oración, no cualquier novedad o curiosidad; necesitamos la doctrina de la Iglesia clara, sin opiniones, sin dudas o discusiones; necesitamos conocer las razones serias de por qué la Iglesia enseña tal o cual verdad; necesitamos el Pan de la Palabra sin adulteraciones: el pan, pan, y el vino, vino. ¡Qué alimento tan estupendo la Liturgia de las Horas, los textos de la Liturgia eucarística y de los demás sacramentos! ¡Qué bien nos viene contemplar la Persona y los hechos de Jesucristo en su paso por la tierra! ¡Qué riqueza encierran los escritos de los Santos comentando la Palabra de Dios!

Señor, cuánto nos has hablado, cuántas cosas nos has dicho en la Sagrada Escritura, a través de tu Iglesia y de los escritos de los santos. Quiero ir a beber a esas fuentes, quiero comer de ese pan, de ese alimento que salta hasta la vida eterna y me ayuda a caminar en la verdad, en tu verdad.

2 de Cuaresma

El peligro de la rutina

“Y los llevó a ellos solos a un monte alto, y se transfiguró ante ellos, de modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol y sus vestidos blancos como la luz... Pedro, tomando la palabra, dijo a Jesús: Señor, qué bien estamos aquí” (Mt 17, 1-4)

¡Qué bien se está cuando se está con Dios! El alma se llena de gozo al saberse en su compañía. La oración es eso, pero al ir a orar es necesario tener el alma dispuesta, sin manchas de temores o rencores, y mucho menos manchas por estar alejados de Dios. Pero aunque nada de eso hubiere, la oración puede ser costosa por el enemigo de la rutina. La rutina respecto a la oración consiste en no admirarse de estar en la presencia de Dios, sino en considerar sólo lo que tiene de inmediato y externo: su duración, su repetitividad, su dificultad. Los apóstoles estaban con Jesús a todas horas y estaban como acostumbrados a estar con Él, pero en el momento de la transfiguración se dieron más cuenta de que Jesús no era sólo un hombre, sino Dios; y de una manera sensible se percataban de que la Ley y los Profetas –la doctrina y la moral– tenían mucho que ver con Él.

Todo cobra su verdadero sentido en la oración, porque en ella valoramos la cercanía de Dios respecto a nosotros –que no somos dignos de estar en su presencia–, nos conocemos más a nosotros mismos y vemos toda nuestra vida con ese sentido que da la fe. La oración, entonces, no se hace larga, porque es grande el amor.

Que no me acostumbre a tratarte, Señor; que considere cada día como una oportunidad única en la que puedo hablar con mi Creador, con mi Redentor, con la Bondad infinita que me mira con infinito cariño y espera mi mirada. Oh Espíritu Santo, infunde tu amor en nuestros corazones para que no nos acostumbremos a movernos entre las cosas santas –que son los sacramentos–, entre los santos –mis hermanos– y ante el que eres tres veces Santo. Aparta de nosotros la rutina en la piedad, que es como el acta de defunción del alma contemplativa. Auméntanos la Fe, la Esperanza y la Caridad para que te podamos amar más y mejor.

3 de Cuaresma

Remover los corazones

“Entonces le dijo la mujer samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana? Pues no se tratan los judíos con los samaritanos.” (Jn 4, 9)

Jesús se acercó a los hombres y habló con unos y con otras, con jóvenes y mayores, con judíos y paganos. Jesús no marginaba a nadie ni por sus creencias ni por ser de otro pueblo, ni por ser mujer. Él había venido a estar con la gente para interesarse por sus cosas, para ayudarles; para que esas personas acabaran interesándose por las cosas de Dios y, mejorando sus vidas, se acercaran a Él. La samaritana se queda desconcertada, reconoce que su vida no es recta ante la presencia del que acaba por reconocer como Mesías. Verdaderamente debió quedar fascinada por aquel hombre que le hablaba al corazón. Su encuentro con Jesús le hizo mucho bien.

Jesús nos ha enseñado cómo hemos de tratar a todos, incluso a aquellos a los que humanamente nos apetece tratar: hemos de hacerlo siempre con caridad. Por debajo del carácter de cada uno, de sus modales, incluso de sus errores aunque sean graves, hay una bodega donde siempre queda algo de agua pura, como un rastro de la acción creadora de Dios, un poso de bondad, una luz en su conciencia, donde es preciso llegar si queremos ayudarle. Nadie está en este mundo tan corrompido que sea un diablo; cualquiera –aunque haya tenido cinco maridos– puede volver por la contrición hacia Dios. Pero es preciso remover esa fibra de la conciencia, ese agua oculta, y echar en esa bodega el agua purificadora de la gracia de Dios.

Háblame, Señor, y transfórmame, remueve mi alma para que yo también me entusiasme, para que te reconozca como el valor más importante y ponga todo lo demás en su sitio. Quiero ser instrumento tuyo que, lejos de rechazar a nadie, sirva para Tú remuevas los corazones,agas que se planteen las grandes preguntas y, desde la humildad, te encuentren a Ti, única verdad y único bien que eres capaz de calmar y colmar el corazón humano.

4 de Cuaresma

Asombrarse ante Dios

“Dijeron, pues, otra vez al ciego: ¿Tú qué dices de él, puesto que te ha abierto los ojos? Respondió: Que es un profeta. No creyeron los judíos que aquel hombre habiendo sido ciego pudiera haber llegado a ver, incluso llamaron a los padres del que había recibido la vista y les preguntaron” (Jn 9, 17-19)

El universo, al igual que Dios, representa la belleza viva, cuya forma fluctúa constantemente con nuevos encantos. Los cielos estrellados fueron las primeras insinuaciones de la belleza que impregnó el pensamiento de los hombres y de las mujeres primitivos. Apenas tenían bienes materiales, pero poseían la capacidad de la percepción sensorial, que les llevaba al asombro. Durante esas largas noches contemplaban maravillados los movimientos de las estrellas. Debió ser entonces cuando entendieron el significado de la belleza: una insinuación de Dios. A través de las estrellas supieron que Dios estaba ahí y que era más poderoso que ellas porque Él las creó, las ubicó y las puso en movimiento. Por ello, la belleza guió al hombre hacia Dios, como más tarde razonó Tomás de Aquino. Y no sólo las estrellas, también el mundo natural que observamos a la luz del día nos habla de Dios. Pero es necesaria una actitud de inocente de asombro y la capacidad de contemplación para descubrirlo.

Cuando Jesús hacía saltar las leyes de la naturaleza con sus milagros, la gente sencilla – como niños– se admiraba de tales prodigios, y no podía por menos de advertir en Él la mano de Dios. Es bello ver a un ciego que recupera la vista; y es bello el mundo que el ciego descubre después de una noche tan larga. Quizá los ciegos tengan una sensibilidad especial para valorar lo que otros ya estamos acostumbrados a ver. Qué pena si ya no nos asombrásemos, porque todo nos puede hablar de Dios.

Señor, que yo no sea ciego ante las maravillas que has hecho y haces ahora; dame sensibilidad para advertir la belleza que Tú has puesto en la creación, y sobre todo en mi alma en gracia. ¡Qué bello es el mundo que has hecho!, haz que no me cierre a tus obras por mi soberbia. Que vea, Señor, con tus ojos la creación, a los demás y a mí mismo. Y sobre todo, hazme contemplativo de Ti, belleza infinita, que sacias sin saciar.

5 de Cuaresma

Dios nos ama

“Entonces María... al verle se postró a sus pies y le dijo: Señor, si hubieses estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. Jesús cuando la vio llorando y que los judíos que la acompañaban también lloraban, se estremeció en su interior, se conmovió... Jesús comenzó a llorar. Decían entonces los judíos: Mirad cómo le amaba” (Jn 11, 32-36)

¿Un Dios que llora?, no puede ser Dios, dirán quienes no tienen fe. Por la misma razón dirán que Dios, ese ser lejano que ellos se imaginan, no puede ser amigo de los hombres. La revelación cristiana es en este punto asombrosa: Jesucristo es Dios hecho hombre. Y como hombre puede ser amigo de sus amigos y llorar por el amigo fallecido. Marta, María y Lázaro, entre otros, eran los amigos de Jesús. Pero no deja de ser impresionante que esa Persona divina tenga amigos y los ame de verdad, y les ame tanto. Jesucristo es la gran revelación del amor que Dios tiene a los hombres, que tanto nos quiere, que nos ha enviado a su Hijo eterno.

Decía Juan Pablo II ante una multitud de jóvenes en Asunción (Uruguay): «Me habéis preguntado cuál es el problema de la humanidad que más me preocupa. Precisamente éste: pensar en los hombres que aún no conocen a Cristo, que no han descubierto la gran verdad del amor de Dios» (11-VI-87). Este es el problema: que podemos incluso saber que Dios existe y lo que la Iglesia enseña, pero no haber descubierto y comprobado que Dios está entre nosotros, que nosotros somos realmente sus amigos. Nos falta fe para tener esa certeza, y coraje para tratarle con amor, y hablarle como se habla con el amigo, y llorar con Él ante las desgracias, y alegrarnos con lo que a Él le alegra. ¿Por qué no le confiamos nuestras penas (si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano)? ¿Por qué no nos interesan sus penas?

Señor, que me buscas y yo me escondo, que te acercas y estoy disipado, que no haces más que darme muestras de afecto, porque todo lo bueno que tengo Tú me lo has dado. ¿Por qué me quieres tanto, Dios mío? No te canses de buscarme, que yo trataré de estar contigo, y dejaré que me hables al corazón.

Domingo de Ramos

¿A qué has venido?

“Pedro insistió: Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré. Todos los discípulos dijeron lo mismo” (Mt 26,35)

Los apóstoles no habían conocido a nadie como Jesús. Estaban entusiasmados y dispuestos a ir con Él a Jerusalén y a morir si hiciera falta. Hoy consideramos en el evangelio de la misa la Pasión de Jesús, y entre esos sucesos, el abandono de sus amigos, porque en su idea del Mesías latía una esperanza de triunfo humano, de pertenecer a un reino temporal, y no querían entender que ese reino supusiera renuncia; no sabían que la salvación pasaba por la muerte de uno mismo, y sobre todo por la muerte del Mesías.

«Amigo, ¿a qué has venido?», preguntó Jesús a Judas cuando le entregaba, ¿por qué me seguías como discípulo?, ¿acaso porque ibas a ser rico y a triunfar? Y la misma pregunta podía haber hecho Jesús a Pedro o a los demás. ¡Qué lejos estaban entonces de no negar a su Maestro y dar sus vidas por Él!

También hoy nos pregunta a cada uno que pensemos a qué hemos venido a la Iglesia, por qué le seguimos; ¿acaso porque nos encontramos bien, porque hay reuniones que nos satisfacen, porque así estamos bien vistos? Pues por esas razones humanas, tarde o temprano acabaremos por separarnos de Él. A veces ser cristiano costará, porque hay que dar la cara, porque hay que hacer cosas que no están de moda, porque no están bien vistos los cristianos entregados. El secreto de los mártires –y todos aquellos apóstoles luego fueron mártires– consistió en seguir a Jesús sin esperar nada, su entrega fue una renuncia a sí mismos. Ser mártir no se improvisa; hace falta haberse ejercitado al cabo de muchos actos de entrega y de *mortificación*.

Dame, Señor, entender que he de morir contigo a lo mundano, que no he de vivir más que para Ti y para tu gloria, que vale la pena dejarme la vida cada día, aunque algunas veces se haga presente la pena, la Cruz. Que entienda de qué se trata, que yo Te entienda, y sepa – como Tú– que el Padre no abandona a quien se abandona en Él, y que será después, en el cielo, donde reinaremos contigo.

Domingo de Resurrección

Cristo vive

“Se inclinó (Pedro) y vio allí los lienzos caídos, y el sudario que había sido puesto en su cabeza, no caído junto con los lienzos, sino aparte, todavía enrollado, en un sitio. Entonces entró también el otro discípulo que había llegado antes al sepulcro, vio y creyó” (Jn 20, 5-8)

No le busquéis entre los muertos, porque su tumba, abierta, está vacía. Jesús ya no está, o por mejor decir, está más presente entre nosotros pero de otra manera. No vivo en el recuerdo, como puede estarlo un ser querido o un político admirado que murió. No, ¡Jesús vive! Pero vive de otra manera: su alma volvió a informar su cuerpo; su Cuerpo que es desde ahora glorioso ya no está sujeto al espacio y al tiempo. Juan vio los lienzos vacíos y caídos: Jesús se había marchado y ¿por qué hueco de los lienzos? Por ninguno.

A Juan le bastó ver los lienzos de esa manera para darse cuenta de que Jesús había resucitado. Había vencido a la muerte no por el hecho de no morir, sino por resucitar. ¡Era verdad lo que había predicho! ¡Y era verdad todo lo que había dicho! Jesús, Señor de la vida y de la muerte había querido padecer todo aquello; había sido Él quien se había entregado, porque, como la semilla de trigo, era necesario morir para dar la vida a los demás.

La resurrección de Jesús sucedió a una hora determinada y en un lugar concreto (un hecho histórico), pero Jesús había resucitado a *un modo nuevo de ser*, más allá de la historia y del espacio: el cielo no es un lugar físico, una especie de paraíso terrenal. La resurrección demostraba de una vez por todas que Jesús era Dios, y las suyas eran palabras de vida eterna: había que vivir como Él había enseñado; es más, el cristianismo será vivir como ese Hombre y vivir con Él, porque Jesucristo vive.

Quiero asomarme con la imaginación a aquel sepulcro, quiero hacer un acto de fe en el Resucitado y disfrutar, también yo, de la alegría de la nueva Pascua, porque Tú, Señor, vives, y vives en mí. La muerte –la mía– ya no me da miedo, porque Tú estás conmigo, y porque Tú no sólo puedes resucitar a tus amigos, sino que eres la Resurrección y la Vida. Como Juan aquel día, hoy te digo: ¡creo!

2 de Pascua

Dar paz

“Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros»” (Jn 20, 19-21)

Muchas veces no se valoran los bienes que se poseen hasta que se pierden y se echan en falta. Por ejemplo, no se valora un pañuelo hasta que uno está acatarrado y no dispone de él en ese momento. La paz social y la paz interior es un bien muy grande. Sólo quien sufre las consecuencias de la guerra valora y ansía la paz. Evitar la guerra puede no estar en nuestra mano, pero sí el tener paz interior y dar la paz.

«Nada te turbe, nada te espante», porque nada hay que tenga tal importancia que nos deba quitar este bien. Si lo perdemos será porque nos hemos quedado en una visión meramente humana, porque «quien a Dios tiene, nada le falta». Quien cuenta con Dios las cosas no son exactamente tal y como nos las cuentan, las calibramos nosotros o lo aprecian nuestros sentimientos. Dios sabe todo, y cuenta incluso con lo que nos hace daño.

«Paz y bien» es el saludo en la familia franciscana. Que ese lema de Navidad no sea un simple deseo, sino que demos realmente a los demás ese clima de confianza, de tranquilidad, de orden, de paz. Está en nuestra mano. «La paz y la guerra empiezan en el hogar. Si de verdad queremos que haya paz en el mundo, empecemos por amarnos unos a otros en el seno de nuestras propias familias. Si queremos sembrar alegría en derredor nuestro, es preciso que toda familia viva feliz» (Teresa de Calcuta).

Si sufrimos o hacemos sufrir, tal vez sea por nuestra culpa. En cambio, *bienaventurados los pacíficos*, los que dan paz a su alrededor, seguridad, certeza, porque también ellos se beneficiarán de este don del Espíritu Santo. Diré con san Francisco:

«Señor, haz de mí un instrumento de tu paz. Que donde haya odio, ponga yo amor; que donde haya ofensa, ponga perdón. Que no busque ser consolado, sino consolar; que no busque ser comprendido, sino comprender; que no busque ser querido, sino amar, porque dando es como se recibe, perdonando es como Tú nos perdonas.»

3 de Pascua

Castidad

“Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo... Ellos le contestaron:... Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel” (Lc 24, 15-21)

Los discípulos de Emaús no reconocían a Jesús porque, en decir de Santo Tomás, Jesús no quería que le reconocieran. Pero además, estaban tan ensimismados con sus problemas que, por su parte, tampoco eran capaces de descubrirle. Hoy Jesús quiere darse a conocer a todos, pero ¿por qué muchos que oyen hablar de Él no le conocen, o tienen una idea tan equivocada? Es que, de igual modo que si no se tienen los ojos limpios no se ve el objeto que está delante, hace falta una buena disposición en el alma para descubrir a Dios, y es la pureza interior.

En ocasiones, vivir la castidad supone esfuerzo, una lucha con uno mismo para no ser egoísta, para no pensar, desear o hacer *lo que pide el cuerpo*; sin embargo, el fruto es maravilloso, pues capacita para ver en los demás *personas*, no objetos, y es como el requisito imprescindible del amor.

Los discípulos que iban a Emaús esperaban un liberador de Israel. En el fondo, cada uno pone su amor en aquello en lo que pone su esperanza: ése es su tesoro y a eso aspira. Hay quienes no tienen más esperanza que lo que les puede dar una persona, no alcanzan a más. Otros sólo esperan en lo que les reportan el trabajo y los bienes materiales, incluso lo que pueda dar el cuerpo. Son tristes personas, creadas para el amor, para el amor humano y sobre todo para el amor divino, que sólo se contentan con un trozo de materia, que –además lo tiene comprobado– no puede saciarles.

La vida de los santos ha sido y es apasionante, han desarrollado las inmensas capacidades de sus corazones en amar a Quien se merece todo el amor, y desde Dios han amado a todas las criaturas.

Limpia mis ojos, Señor, para que te pueda ver; limpia mi corazón para que me puedas amar mejor y yo te pueda conocer más. Y te pueda reconocer en los demás, imágenes de Ti.

4 de Pascua

Para qué la libertad

“Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará, y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estrago; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante” (Jn 10, 9-10)

La libertad del hombre no es pura indeterminación. Sin una orientación, sin un fin que alcanzar, la libertad no podría actuar inteligentemente. Pero, además, como el caminante que quiere llegar a una ciudad necesita de carteles indicadores y, al seguirlos, no pierde la libertad, sino todo lo contrario. El hombre necesita de unas normas para ser libre, y para seguir siéndolo.

El ejemplo supremo de la libertad humana lo tenemos en Jesús: Él no estaba atado ni por el poder, ni por el placer, ni por el dinero, ni por lo que dijera la gente; no estaba condicionado por nada. Tenía una total libertad de espíritu. Y toda su actuación estaba guiada por un norte claro: hacer la voluntad del Padre. No podía ser de otra manera pues Él era el Hijo eterno del Padre, y lo propio del Hijo es ser igual al Padre, por lo que, en cuanto hombre, lo propio de Jesús era la obediencia al Padre. El Espíritu Santo mostraba a Jesús esa voluntad y le guiaba. Y ese Espíritu está ahora en nuestra alma en gracia guiándonos. Obedecer a Dios no es perder la libertad, pues *donde está el Espíritu de Cristo allí hay libertad* (2 Co 3,17).

Es necesario entrar en el redil cuya única y necesaria puerta es Cristo. Pensar que fuera de su Iglesia –de su doctrina, de sus sacramentos, de sus mandatos– se logrará mayor libertad es equivocarse, como el hijo pródigo se equivocó al imaginar que sería más libre, más feliz, si se liberaba de las obligaciones de la casa paterna, y traspasaba los muros de la finca de su padre. El resultado fue la pérdida de la libertad –pues tuvo que servir a otro– y la esclavitud de sus pasiones.

Jesús, que no tenga la locura de liberarme de tus mandatos, de pretender ser libre a mi manera. Que no haya nada que me robe tu amistad; que tu amor me ate a la cruz, a tu yugo, a tu redil. Quiero obedecerte siempre, porque sé que, como Tú, seré verdaderamente libre, con la libertad de los hijos de Dios.

5 de Pascua

Conocer a Jesucristo

“Jesús le dijo: Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?” (Jn 14, 9-10)

¿Tantos años con Él y todavía no conocemos a Jesús? ¿Será, tal vez, que no le hemos conocido bien nunca, que no hemos sabido en realidad quién es y no hemos experimentado su presencia cercana? ¿O es la inmensa capacidad de olvido que tenemos, porque las cosas y los afanes de cada día nos desdibujan al Hombre-Dios-con nosotros?

Necesitamos meditar el evangelio, descubrir a Jesús, mirarle, hablar con Él; y sentirnos mirados y queridos por aquél que vino a estar con los hombres y sigue vivo junto a nosotros. No es un personaje que pasó por la historia y se marchó. Jesús es Dios eterno que ha asumido la naturaleza humana (alma y cuerpo humanos, sentimientos, afectos) y vive.

Por ser Dios, el que le ve a Él ve al Padre. Sus palabras y sus gestos son palabras y gestos de Dios. No, no es antropomorfismo, sino que, como verdadero hombre, conoce y quiere como hombre y, siendo cercano, hace más fácil entrar en amistad de intimidad, de diálogo y de obediencia.

En el tiempo de Pascua hemos de reconocer al resucitado que vive para siempre, junto al Padre y junto a cada uno de los hombres. Ninguna nación tiene sus dioses tan cerca como tiene a Dios la Iglesia. La Iglesia no es otra cosa que la comunión de Dios con los hombres. No sólo es cercanía, sino unión interior: como el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, así hemos sido introducidos en la intimidad divina por el Espíritu Santo.

Jesús, que yo te conozca, que te sienta cercano, más íntimo a mí que yo mismo. No dejes que me sienta solo, porque no es verdad, porque Tú vives en el cristiano. Yo en Ti, y Tú en mí. Madre de Dios y Madre nuestra –María–, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre, para que le conozcamos mejor en este mes de mayo y aprendamos a tratarle como tú le trataste en la tierra.

6 de Pascua

El Santificador

“Yo le pediré al Padre que os dé otro defensor, que esté siempre con vosotros, el espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis porque vive con vosotros y está en vosotros” (Jn 14, 16-17)

Jesús afirmó que en Él se había cumplido lo profetizado por Isaías: *el Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungió* (Lc 4,17). Más adelante dijo que convenía que Él se fuera para que viniera el Espíritu Santo sobre cada uno de los cristianos. En el Bautismo y en la Confirmación somos ungidos, y el Espíritu de Jesús nos eleva y transforma ontológica y existencialmente: nuestra inteligencia, nuestra voluntad, nuestro cuerpo; en una palabra, todo nuestro ser humano es divinizado. Por eso, cuando un cristiano desempeña con amor cualquier acción que parece intrascendente, aquello rebosa de la trascendencia de Dios.

«Cristiano, reconoce tu dignidad. Puesto que ahora participas de la naturaleza divina, no degeneres volviendo a la bajeza de tu vida pasada. Recuerda a qué Cabeza perteneces y de qué Cuerpo eres miembro. Acuérdate de que has sido arrancado del poder de las tinieblas para ser trasladado a la luz del Reino de Dios». Con estas palabras de san León Magno comienza la tercera parte del Catecismo que lleva por título “La vida en Cristo”.

La vida del cristiano ha de ser una imitación de la vida de Cristo, viviendo según el Espíritu Santo –que es el Espíritu que moraba en Jesús y le guiaba– y también a nosotros quiere conducirnos. ¡Fuera las obras de la carne!, como dirá san Pablo, fuera el pecado y todo lo que desdice de la nueva condición de hijos de Dios.

Oh Espíritu Santo, purifica mis ojos y mi corazón para que vea las personas y las cosas con fe, y las ame con la caridad que has derramado en mi corazón al haber recibido el sacramento de la Confirmación. Aborrezco todo pecado y quisiera valorarlo como Tú lo valoras, aborrecerlo como Tú lo aborreces. Dulce Huésped del alma, deseo que vivas a gusto en mí, sin poner obstáculos para que se haga tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Quiero lo que Tú quieras.

La Ascensión del Señor

Proselitismo

“Jesús les dijo: Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado” (Mt 28, 18-20)

Hay dos modos de ser enviados: yéndose a otro lugar o permaneciendo en el mismo sitio pero de otra manera. A todos nos dice el Señor: Id y predicad para hacer cristianos. En la encíclica *Redemptoris missio*, Juan Pablo II insistía en que no basta con el buen ejemplo o en dar criterios cristianos, es necesario convertir a las personas, hacer cristianos.

El proselitismo no es una posibilidad conveniente, sino un mandato de Cristo a cada cristiano. Porque es necesario que las personas crean y se bauticen, es decir, conozcan bien la doctrina cristiana y vivan la radicalidad del evangelio. El proselitismo es también necesario para que el Reino de Cristo crezca y todos los hombres de toda raza, pueblo y barrio alaben a Dios con sus vidas como se debe alabar a Dios. Pero es también una exigencia de la vida cristiana: si no se llega ahí, al corazón de las personas y se les plantea el sentido profundo de sus vidas, el apostolado será algo superficial, que no compromete del todo a quien lo hace.

El gran obstáculo del proselitismo no son las dificultades exteriores: los doce apóstoles al evangelizar no hicieron encuestas, ni un estudio sociológico del ambiente, sino que hablaron de Cristo sin ambages, sin detenerse ante lo que pudieran decir. El gran obstáculo del proselitismo está en uno mismo, y es el miedo a tocar temas comprometidos porque se teme que los demás sabrán que uno practica su religión y cómo piensa sobre los grandes temas. Ese miedo a quedar mal es cobardía y pereza. Triste espectáculo, porque una de las cosas más grandes que podemos hacer en esta vida es acercar a los demás a Cristo para que, conociéndole, le sigan.

Señor, perdona mis cobardías y mis perezas. Desde ahora quiero obedecerte y hablar de Ti a las personas que Tú esperas que hable.

Pentecostés

El sacramento del perdón

“Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos»” (Jn 20, 22-23)

Qué bien nos conoce Dios. Sabe que somos frágiles como el vidrio y que, aunque tenemos buena voluntad, a veces caemos, y si no nos quebramos del todo, sí nos damos golpes y nos descascarillamos. Él nos quiere santos e inmaculados en su presencia, pero también hemos de querer nosotros volver, una y otra vez, a recomponernos. Basta que hagamos lo que Él nos dice para que nos pueda hacer santos.

Es un error tremendo pensar que no tenemos arreglo, como si estuviéramos corrompidos del todo, porque Dios sí puede mejorarnos. Pero también es falso que basta con dejar pasar el tiempo para que no nos remuerda la conciencia, como si nos fuéramos recomponiendo nosotros mismos sin necesidad de acudir a Dios.

El sacramento del Perdón es el medio establecido por Dios, y supone varios actos de humildad: reconocer que hemos pecado, pedir perdón a Dios y tener que exteriorizar nuestros pecados al sacerdote. Qué bien nos conoce Dios que pide un acto de humildad al que pecó por soberbia, un acto de obediencia al que le desobedeció. Y quien se acusa contrito y recibe la absolución que da el confesor tiene la seguridad de haber sido perdonado por Dios. Los protestantes no creen en el perdón de Dios porque piensan que no tenemos arreglo, y dicen que Dios no mira los pecados del que cree en Él; ¿pero quién les da esa seguridad? Nosotros tenemos la seguridad del perdón porque Jesús así lo enseñó.

Señor, gracias porque te tomas interés por mí y estás dispuesto a perdonarme todas las veces que acuda a Ti contrito. Gracias por tus sacerdotes, que entregan su vida para que Tú puedas dar la santidad a tus fieles. Gracias porque siempre que me confieso pecador Tú me renuevas, me limpias, me santificas.

¡Oh Espíritu Santo, Señor y Dador de Vida, ilumina mi entendimiento para que en mi examen de conciencia vea qué he hecho mal, y lo valore como el único y mayor mal que me puede suceder, porque me separa de Ti.

La Santísima Trinidad

La vida divina

“Tanto amó Dios al mundo que le entregó su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16)

Todos tenemos un profundo deseo de no morir, el instinto de supervivencia está como cosido a nuestro ser. Porque hemos nacido para vivir, queremos vivir siempre, tenemos aversión a la muerte. Intuimos que no nos aniquilaremos porque hay acciones que alguien tiene que pagarlas en otro mundo pues en este no se hace justicia completa (tanto las buenas como las malas). La razón muestra que el alma, al ser espiritual, es inmortal, pero no sabe explicar cómo. La revelación divina enseña que detrás de la muerte seguimos existiendo, bien lejos de Dios (eso es en esencia el infierno), o viviendo la vida divina del mismo Dios. Por eso, para quien muere en gracia, la muerte es ganancia.

En la solemnidad de la Santísima Trinidad contemplamos la vida íntima de Dios. El Dios que es la Vida, se desborda y da la vida. Nos ha hecho el gran don de la vida humana y el otro gran don de la vida sobrenatural: podemos ya en esta tierra participar de su misma vida. Para eso envió Dios a su Hijo al mundo para que, dando su vida como el grano de trigo, su misma vida divina pasara a los granos de la espiga que somos los cristianos.

El cristiano queda divinizado por la gracia. Dios está entonces habitándole –en alma y cuerpo– como en un templo. Dios en nosotros y nosotros en Dios, ¿cómo vamos a morir entonces, si Dios es la vida de nuestra vida? Es cierto que la muerte será un hecho, pero no será otra cosa que un parpadeo por el cual pasaremos a gozar, ya sin estorbos, de Dios cara a cara. Como al grano de trigo enterrado, volverá a recogerlos su mano en lo alto de la espiga. Pero mientras vivimos aquí, lo que se nos pide es creer.

Creo todo lo que nos has dicho. Creo que sois Tres Personas distintas –Padre, Hijo y Espíritu Santo– en una única Esencia. Gracias porque nos enviaste al Hijo para que nos introdujera en tu misma intimidad. Gracias porque sé que no estoy sólo, porque estás en el fondo de mi alma; gracias porque me has dicho que quieres vivir conmigo tu vida eterna.

Corpus Christi

La unión del amor

“Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” (Jn 6,56)

Palabras de Jesús profundas, palabras sorprendentes, que algunos no aceptaron y se alejaron de él. Palabras impresionantes para quienes creen. Pero no son sólo palabras, no son sólo promesas que se lleva el viento. Jesús promete y hace. La Eucaristía es la realidad. Ahí, en esas dimensiones, en la rugosidad y dureza de lo que parece pan, y en la liquidez, color y olor de lo que parece vino está Él, Dios escondido, para alimento del que camina en la tierra hacia el cielo. Y de igual modo que si no se come ni se bebe, se desfallece y se puede morir de inanición, si no tomamos este alimento de la Eucaristía la vida espiritual languidece, si es que no está muerta.

Es el amor lo que le ha llevado a Dios a hacerse un trozo de cosa para que podamos comerle. Y es el amor lo que lleva a estar con Él y a comulgar. Te comería a besos, dice la madre al chiquitín, porque el amor lleva a la unión, incluso física; desea ser uno en el otro. Y lo que el amor humano es incapaz de realizar, Dios lo ha hecho a través de un prodigio: poder comer su carne, beber su sangre. Cuerpo con cuerpo, alma con alma. Mayor unión que la unión (comunión) sacramental no se puede dar entre dos personas.

Sólo quien entienda de amor comprenderá qué significa esto, pues no son maneras de hablar. Son duras estas palabras, pero quien las entienda descubrirá cuánto nos ama Jesús y lo que espera de cada uno: amor.

Diré con el apóstol Pedro, que he creído y, por eso, he conocido la gran verdad que Cristo enseñó al mundo: cuánto nos quiere Dios. Reconozco que estás en la Eucaristía, te adoro, quiero recibirte cada vez con mayor pureza, humildad y devoción para ser digno de Ti, para que te encuentres a gusto.

Madre mía Inmaculada, Ángel de mi Guarda, ayudadme a no distraerme cuando esté conmigo el Amor de mi alma durante esos minutos en que permanece en mí –mientras duran las especies sacramentales– después de comulgar.

10 tiempo ordinario

Médico divino

“Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos: «¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?» Jesús lo oyó y dijo: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa *misericordia quiero y no sacrificios*»” (Mt 9, 11-12)

El buen médico de cabecera está siempre disponible a cualquier hora, durante el tiempo que haga falta. Cuando está ante el enfermo le mira con misericordia porque, de alguna manera, hace suyo su dolor, y no piensa sino en cómo remediar su dolencia. El enfermo se confía en él, el médico es su apoyo, y a veces su única esperanza. Dios nos mira como el médico que desea curar a los hombres enfermos por el pecado, nos mira con ojos de inmensa misericordia. ¿Qué sería de nosotros si nos viera de otra manera, con justicia a secas? Ha venido a llamar a todos, pues todos somos pecadores, aunque sólo puede curar a los que se reconocen así.

El Señor nos pide que tratemos a los demás con misericordia, que les miremos con esos ojos de madre que no se quedan en constatar los defectos, sino también sus virtudes y en el modo de ayudarles. Hablaremos siempre bien de los demás si pensamos bien de ellos, si por encima de sus errores sabemos ver a la persona, a la persona que tanto vale y que quizá sufre.

Si cualquier noticia o acontecimiento suele ser un asunto complejo, ¿qué será la persona, detrás de la cual hay toda una historia y una psicología? No se puede simplificar en una rápida consideración. Si alguien hace algo mal y nosotros podemos ayudarle, habrá que ver cómo hacerlo, pero sin tratar mal. Sería una incongruencia que una persona que reza tratara mal a los demás. Precisamente el trato con Dios nos tiene que ir asemejando cada vez más a Él.

Jesús, Médico divino que has venido a curarnos, ayúdanos a cerrar esta terrible herida que nos lleva a juzgar precipitadamente, y por la que tendemos a ver el aspecto negativo de los demás y, en cambio, ante nuestros errores tendemos inmediatamente a justificarlos con indulgentes razones. María, Madre de Misericordia, danos tus ojos misericordiosos.

11 tiempo ordinario

Darse gratis

“Id y predicad diciendo que el reino de los cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios. Gratis lo recibisteis, dadlo gratis” (Mt 10, 7-8)

Jesús fue por delante, y por eso podía exigir a sus discípulos aquello que él practicaba. Su vida fue una entrega sin regateos y sin sacar provecho personal. Jesús se dejó la vida, incluso se entregó a la muerte sólo por nuestro bien. No tiene sentido guardar el dinero para mirarlo y no usarlo nunca, porque el dinero es un medio, no un fin. No tiene sentido reservarse el propio tiempo, las fuerzas o cosas para un hipotético mañana para gastarlos cuando llegue ese día.

El egoísmo se agota en sí mismo; la vida no tiene sentido sin entrega, sin el don de sí mismo. La entrega es compartir, es apertura, y así la persona se enriquece. Si todo lo que tenemos lo hemos recibido, ¿para que se nos dio? Nuestra vida es la gran oportunidad de poder hacer algo, justamente hacer algo con ella, no es para guardarla.

Es propio de la juventud el darse sin pedir nada a cambio, la solidaridad, la ayuda, hacer todo lo que se pueda. El corazón joven no calcula, no tiene resabios de experiencias negativas, como si estuviera de vuelta, como si no valiera la pena comprometerse, como si lo importante fuera no gastarse. La juventud de espíritu no depende de la edad, sino de las arrugas que se tienen en el corazón; es joven quien tiene el corazón limpio, desprendido de las cosas, generoso.

Los santos y las santas han sido y serán siempre jóvenes, porque gastan su vida en lo que realmente vale la pena, que es el servicio de Dios y el servicio a los demás. Han entendido que el mandato del Señor de hacer todo el bien que se pueda, hoy, sin esperar gratificación, es lo que llena el corazón y lo que le hace estar siempre joven.

Dame, Señor, un corazón de carne capaz de amar, de entregarme sin esperar nada; quítame el corazón de piedra, insensible a tus sugerencias y a las necesidades de mis hermanos. Jesús, que nunca fuiste insensible al dolor ajeno, dame un corazón semejante al Tuyo, para que ya no viva sino para Ti y los demás.

12 tiempo ordinario

Lo que aparta de Dios

“No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed sobre todo al que puede arrojar el alma y el cuerpo en el infierno” (Mt 10,28)

Nadie nos pidió permiso para ponernos en la existencia, ni nos preguntó que, siendo personas, tuviéramos brazos y cabeza, ni que tuviéramos que ganarnos la vida con esfuerzo. La vida es como es, y nosotros somos como somos: nos guste o no nos guste, nuestras acciones tienen una dimensión moral: o hacemos el bien o hacemos el mal.

Y «es pecado mortal lo que tiene como objeto una materia grave y que, además, es cometido con pleno conocimiento y deliberado consentimiento» (*Catecismo*, 1857). «El pecado mortal es una posibilidad radical de la libertad humana contra el amor. Entraña la pérdida de la caridad y la privación de la gracia santificante, es decir, del estado de gracia. Si no es eliminado por el arrepentimiento y el perdón de Dios, causa la exclusión del Reino de Cristo y la muerte eterna del infierno; de modo que nuestra libertad tiene poder de hacer elecciones para siempre, sin retorno. Sin embargo, aunque podamos juzgar que un acto es en sí una falta grave, el juicio sobre las personas debemos confiarlo a la justicia y a la misericordia de Dios» (*Catecismo*, 1861).

Importa mucho que vivamos en la verdad y no engañarnos en tema tan capital. Existe un secreto deseo en quien peca de que no haya castigo, pero una cosa es eso y otra creérselo, autoengañarse, porque la realidad es como es, y ese razonamiento sería como un suicidio. El diablo miente presentando el lado bueno que aparenta el mal; podemos caer en la tentación, pero nunca debemos caer en el engaño más grande del diablo: creer que él no existe o que se puede cometer el mal impunemente, es decir, que no existe el castigo eterno para el pecado.

Dame, Señor, el santo temor, que es el inicio de la sabiduría; el temor a lo que me puede apartar de Ti. Auméntame la humildad y el conocimiento propio para que me tenga miedo, porque me conozco y puedo ofenderte. Sé que no he de temer a nadie ni a nada, pero sí a aquel que puede llevar mi alma al infierno. Aparta, Señor, de mí lo que me aparte de Ti.

13 tiempo ordinario

Desprendimiento del corazón

“El que quiere a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí; y el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí la encontrará” (Mt 10, 37-39)

«Debemos con plena conciencia *ejercitar el espíritu de renuncia*. A causa de una desenfadada avidez de goce, el hombre puede destruirse a sí mismo y destruir su ambiente. ¡Aspirad a un estilo de vida sencilla! Haced que vuestra riqueza y vuestro bienestar se conviertan en una bendición para los otros, *compartiéndolos* con quienes están en necesidad. Podéis estar seguros: Dios recompensará con exceso vuestras renunciaciones» (Juan Pablo II, 8-IX-85).

Esa actitud de desprendimiento del corazón es fundamental para poder decir que sí a Dios cuando nos pida algo que nos pueda costar más: la salud, la entrega de un familiar, o la propia vida. ¿Por qué la queja a Dios –incluso la rabia– ante lo que cuesta, ante una desgracia o la vocación de un hijo? Porque hay algo que no va bien en ese corazón: avidez de posesión, amor desordenado o apego que no es recto. A veces no entendemos porque no estamos dispuestos a entender, sufrimos y hacemos sufrir porque no queremos aceptar la voluntad de Dios, porque en el fondo no tenemos buena voluntad.

No debemos olvidar que Dios ha de ser el Señor de nuestra vida, y que debiera hacerse su voluntad así en la tierra como se hace en el cielo. Jesús mismo lo demostró con su obediencia al Padre hasta la muerte, aunque ello supusiera un gran dolor para su Madre. La resistencia a lo que Dios quiere nos hace sufrir. Dios no disfruta viéndonos sufrir, nos quiere bien, desea lo mejor para nosotros. Y lo que más desea es que nuestro corazón sea bueno, recto.

¿Cuándo aprenderé que Tú me quieres bien, mejor que yo mismo y que lo que me parece malo en cierto momento no es sino la medicina para curar las heridas de mi corazón? Te diré con san Agustín, pídemelo lo que quieras, y dame tu gracia para poder cumplirlo. Estoy dispuesto a agarrar la cruz, a perder la vida para que se haga en mí según tu palabra.

14 tiempo ordinario

Cansados y agobiados

“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso” (Mt 11,28-29)

Hay que diferenciar el cansancio físico y tener la cabeza ocupada para intentar resolver los problemas, del hecho de estar enfadados o cargados porque nos apoyamos sólo en nosotros mismos. Hemos de contar con Jesús para descansar. Es cambiar de yugo: dejar el nuestro – nuestras preocupaciones, los motivos humanos– y hacerlo todo con Él y por Él, ofreciéndolo por la Iglesia, por las vocaciones, cargando, como decía san Pablo con el peso de todas las iglesias. Esto no quita que estemos cansados físicamente, pero no estará agotado el fondo de nuestro ser, porque lo que más agota es pensar en uno mismo.

«Cualquier otra carga, decía san Agustín, te oprime y abrumba, mas la carga de Cristo te alivia el peso. Cualquier otra carga tiene peso, pero la de Cristo tiene alas. Si a un pájaro le quitas las alas parece que le alivias el peso, pero cuanto más le quites este peso, tanto más le atas a la tierra. Ves en el suelo al que quisiste aliviar de un peso; restitúyete el peso de sus alas y verás cómo vuela» (*Sermón 126*).

Se trata de adquirir la costumbre de ir a la oración y contarle al Señor lo que nos pasa. «¿A quién contaré mis penas, mi lindo amor?, ¿a quién contaré mis penas, sino a vos?», que decía un poeta antiguo. Entenderemos que los problemas no se solucionan por estar más preocupados por ellos, o por dedicarles más tiempo, incluso robándolo a las normas de piedad o al que debemos a los demás, y que lo que realmente es importante es tener una actitud interior de calma y confianza en Dios, de mansedumbre y humildad. Hay que intentar resolver los asuntos, pero hemos de convencernos de que si no llegamos o no se resuelven, eso no es lo más importante, sino nosotros mismos y los demás. Entonces se disipan los dilemas.

Acepto ahora el peso que llevo y quiero contar contigo para que, entre los dos, lo llevemos. Ayúdame para que nada me turbe, nada me espante; porque si Tú vas conmigo, tu vara y tu cayado me sosiegan. Recuérdame, María, que vaya a Jesús una y otra vez.

15 tiempo ordinario

La tibieza

“Salió el sembrador a sembrar... Otro poco cayó entre zarzas, que crecieron y lo ahogaron. El resto cayó en tierra buena y dio fruto: unos, ciento; otros, sesenta; otros treinta” (Mt 13, 3-8)

La tierra era la misma, la semilla la misma, el riego el mismo, ¿y por qué una dio cien y otra sesenta o treinta? La causa estaba en la disposición de la tierra. La tibieza es una enfermedad del alma por la que el corazón se vuelve tardo para las cosas de Dios, y en vez de darse del todo, se conforma con ir tirando, con cumplir, porque no se tiene puesto en Dios y en su servicio, sino en uno mismo: uno se ilusiona con sus cosas y está pronto para lo suyo; en cambio, el cumplimiento del deber se vuelve enojoso, se hace lo mínimo para no llamar la atención, y se torna en un cumplimiento externo, vacío. El resultado es la falta de fruto: la falta de fraternidad y de afán apostólico, y en el interior, un poso de tristeza, que contrasta con la alegría que se tuvo en horas de mayor entrega.

Triste cuadro para quien está llamado a que la vida divina circule por sus venas, para quien ha gustado el amor de Dios. Es una pena que la voz de Dios no dé fruto en tanta gente porque los cuidados del mundo incapacitan escucharla, pero más lamentable es todavía quien, habiendo entendido a Dios, se aleje de Él por tonterías, que al final –y en medio– no sacian. Tantos y tantas esclavos de la frivolidad, que no se deciden a entregarse del todo, a romper con pequeños hilos que les atan a la tierra. Porque no es sólo su felicidad, sino que ¡dependen tantas cosas, tantas almas de su fidelidad!

¿Puedo decir con verdad que estoy contento? ¿Hay algo que me pide Dios y yo me resisto a darle? ¿Podría pedirme Dios algo más? ¿Qué frutos he dado desde hace un año? ¿Mi vida está sirviendo a Dios? ¿Donde tengo el corazón?

Señor, quiero arrancar con el dolor y la penitencia esos lazos que me ha tendido el diablo, quiero ofrecerte a Ti del todo. Voy a poner los medios decididamente para que Tú seas la vida de mi vida, el norte y el impulso de mi corazón, para que puedas recoger todo lo que esperas de mí.

16 tiempo ordinario

Tolerancia

“Los criados le preguntaron: ¿Quieres que vayamos a arrancarla? Pero él respondió: No, pues al arrancar la cizaña podríais arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega” (Mt 13, 28-30)

La palabra tolerancia indica por sí misma que estamos ante un mal. El bien no se tolera, se defiende, se abraza, se promociona. Toleramos el ruido que hace un niño o los apretujones en el autobús o las excentricidades de alguien. Si lo soportamos es porque evitarlo o suprimirlo nos causaría mayor mal que bien.

Pero tolerancia no significa aprobar. Dios tolera el mal en el mundo y no hace llover fuego y azufre sobre el que se porta mal; por eso no es un motivo para no pecar el temor al castigo divino en esta vida. Dios no es vengativo ni castiga en ese sentido. Dios espera, cuenta con el tiempo para que, quien hace el mal, se arrepienta. Aunque cuando llega la hora de la siega, que es la muerte, cada uno es responsable de sus actos y recibirá el premio merecido. La vida no se puede vivir como un juego, como que se pudiera pecar pensando que Dios no se entera, o que al pecar no pasa nada. Entre otras cosas porque no sabemos cuando vamos a morir.

También la Iglesia tolera el mal, incluso dentro de sus fieles, pero no deja de hablar al corazón de las personas para que se conviertan. Más que tomar medidas coercitivas para arrancar el mal de las personas, hay que dar luz, convencer, de modo semejante a como actúan los productos que se echan en las plantas para que reaccionen. Porque tolerar el mal no es aprobarlo, es necesario hacérselo ver a quien lo comete y así uno mismo no acostumbra. ¡Podemos hacer tanto bien! Pero el camino no es echar en cara los errores como consecuencia del enojo, ni la crítica que no ayuda. La prudencia lleva a decir las cosas en el lugar y momento oportuno, y siempre con caridad.

Que no me acostumbre a ver el pecado, como si fuera una simple incorrección, como si fuera algo normal; que lo valore como Tú lo valoras y me duela por Ti y por esas personas. Pero que no sea mi amor propio herido el que me lleve a corregir de modo destemplado. Te pido perdón por los pecados que veo en los demás y en mí; dame fortaleza y paciencia para corregirlos.

17 tiempo ordinario

El tesoro

“El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo” (Mt 13,44)

Quien cava en tierra puede no querer profundizar por si acaso encuentra algo que le compromete; puede ser que, al cavar, la azada tropiece con un objeto metálico y, para evitar que se melle su azada, se eche tierra encima porque valore uno más su azada que lo que pueda descubrir. Puede ser que resulte lo que se dice en la parábola, que al advertir que hay un tesoro, se descubra, se venda todo para comprar el campo y, una vez adquirido, se disfrute.

La vocación divina es el gran tesoro que Dios tiene escondido para cada uno desde antes de que uno nazca, y Él cuenta con las circunstancias y las personas para que en un momento concreto se atisbe ese querer de Dios. Puede ser que por falta de oración y madurez personal no se vea, o no se quiera llegar a ese grado de entrega, no sea que se comprometan su comodidad y sus caprichos.

Qué pena si alguien ve con claridad lo que Dios le pide, pero prefiere disfrutar de su libertad –de su azada– para seguir viviendo como desea y eche tierra al asunto. Sólo quien vive la experiencia de la correspondencia a la vocación sabe que es algo maravilloso. Porque aunque parezca que la renuncia al propio proyecto para vivir la aventura que Dios tiene prevista quita la libertad, no es así, sino todo lo contrario, porque no hay mejor proyecto de vida personal que el que pueda haber pensado Dios.

En cierto sentido Dios conoce el tesoro que todos llevamos dentro –poder ser hijos suyos–, y ha vendido cuanto tenía para comprar ese campo con su tesoro. San Pablo dice que hemos sido comprados a gran precio: toda la sangre de Cristo (1 Co 6,20). Ahora nos toca a nosotros “descubrirnos” y ponernos a su servicio.

Que yo entienda, Señor, todos los días de mi vida, que la vocación a la que he sido llamado es mi gran tesoro, lo más grande que me ha podido pasar, y que seguirla y ser fiel es lo que me va a hacer feliz, aunque para eso tenga que pasarme la vida trabajando –cavando– en lo que Tú me pides.

18 tiempo ordinario

Bendecir al Señor

“Mandó a la gente que se recostara en la hierba y, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos” (Mt 14, 19-20)

La Sagrada Escritura, especialmente los salmos, está llena del espíritu berakático. La bendición (bendición ascendente, de los hombres a Dios) –*beraká*–, traducida por la versión de los LXX por *eulogia*, es una actitud amplia de alabanza que implica capacidad de admirar, de maravillarse, contemplar, adorar, olvidarse de sí mismo, dirigiéndose a Aquel que ha realizado maravillas en el mundo (bendición descendente), de quien proceden los beneficios que recibimos. También incluye el dar gracias (y por eso *beraká* se tradujo después en la Iglesia como *eucaristía*). Ese espíritu de alabanza y glorificación a Dios impregnaba toda la vida la vida ordinaria y litúrgica de Israel.

De ahí que Jesús bendijera en alta voz al Padre en diversas ocasiones: al regreso de los 72 discípulos, en la multiplicación de los panes y de los peces, antes de resucitar a Lázaro, y especialmente antes de instituir la Eucaristía, pues este sentido de alabanza y agradecimiento impregnaba la Cena pascual de los judíos, y en concreto se hacía una bendición especial antes de comer el cordero y otra sobre la copa por las maravillas que hizo con su pueblo. La Eucaristía fue instituida en este contexto de una gozosa alabanza-gratitud al Padre. Y en ese movimiento ascensional, Cristo entregó su Cuerpo y su Sangre, se entregó a Sí mismo como sacrificio y alimento, alabando y agradeciendo al Padre.

También nosotros te alabamos, Señor, te bendecimos, de adoramos, te glorificamos, te damos gracias, porque sólo Tú eres grande, sólo Tú, Señor, y porque has hecho las maravillas de la historia de la salvación, y nos has dejado tus sacramentos, nos has dejado a tu Madre.

Hoy procuraré unirme a la Iglesia que alaba con Cristo al Padre; bendeciré a Dios por todo el bien que me ha hecho, por haberme hecho cristiano y dado la posibilidad de participar en esta alabanza común de la Iglesia. Y lo haré especialmente en el momento de la Consagración, unido a Cristo y a todo su Cuerpo Místico.

19 tiempo ordinario

Fe

“Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua, acercándose a Jesús; pero al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: Señor, sálvame” (Mt 14, 29-30)

Fiarse de otra persona supone poner el centro de gravedad de la certeza en ella. La fe supone tener certeza porque se apoya en la palabra ajena. El cristiano que vive de la fe vive por encima de las noticias y de los estados de ánimo; vive por encima de sus posibilidades, porque es capaz de realizar empresas que por sí mismo no se hubiera atrevido a emprender, y que incluso realmente le sobrepasaban. La correspondencia a la vocación es un continuo acto de fe; también el apostolado es un ejercicio de la fe en que Dios puede cambiar los corazones a través de nuestras palabras y nuestro esfuerzo. Quien vive de fe vive por encima de sus posibilidades, como el que camina sobre el agua.

Pero puede entrarle el miedo al hombre de fe, ante la fuerza del ambiente, de los ejemplos desedificantes o simplemente porque cuesta hacer un día y otro lo que Dios nos pide, y no acabemos de ver los frutos. En ese momento en el que uno empieza a poner su confianza en sus propias fuerzas, empieza a hundirse; cuando el centro de gravedad ya no está en Dios sino en la visión humana, todo se vuelve sin sentido, ridículo a los ojos de los hombres. Es la hora de decir, como Pedro, ¡Señor, sálvame!, ¡Señor, no me dejes solo, que no pierda el sentido sobrenatural!

Auméntanos la fe y la esperanza, Señor. La fe en la seguridad de tu palabra, la esperanza de que tu omnipotencia es capaz de sustentar todo. Que si yo quiero (porque Tú quieres) nada se tambaleará, aunque se amotinen las gentes y todo un ejército acampe a mi alrededor (cf. Salmo 2). Que entienda, sobre todo en el momento de la duda o el miedo, que aunque yo sólo no pueda hacer lo que Tú me pides, contigo sí puedo; y si en otras ocasiones he caminado sobre las aguas o sobre carbones encendidos, hora tampoco se ha abreviado tu mano, Señor (cf. Is 59,1).

20 tiempo ordinario

El silencio de Dios

“Una mujer cananea... se puso a gritarle: Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David... El no respondió nada... Ella los alcanzó, se postró ante él y le pidió... Jesús le respondió: Mujer, grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas” (Mt 15, 21)

A veces podemos tener la impresión de que nuestra oración no es escuchada por Dios, y eso que le pedimos cosas buenas, y pedimos por los demás. Dios se hace rogar para probar nuestra constancia, porque mientras necesitamos de Él nos dirigimos hacia Él; quizá no rezaríamos si no necesitáramos nada. Pedir, hemos de pasarnos la vida pidiendo. ¿Hasta cuándo? Jesús también pidió en la cruz y parecía que su Padre celestial no le escuchaba, porque no le contestaba. Esa soledad fue terrible, pues se había confiado a su Padre y era como si le hubiera abandonado. Y el silencio del Padre llegó incluso hasta la muerte y el entierro de Jesús. Sólo después se descubrió que no le había abandonado en absoluto, pues le resucitó.

Silencio de Dios ante nuestra mirada, ante nuestra queja amorosa –que nunca debe ser queja angustiada o desgarrada–. Jesús escuchó a la cananea desde su primera petición. Dios nos escucha siempre, desde el primer momento en que acudimos a Él. Pero desea que sigamos acudiendo a su misericordia, que se purifique nuestra petición. Porque en esa perseverancia se demuestra si la petición era egoísta, se demuestran la fe y el amor. *Grande es tu fe*, responde Jesús a aquella mujer. Ha superado la prueba, ha demostrado su amor desinteresado por su hija, y su fe recia en Jesús.

Saber esperar, sin impacientarse. Hemos de saber esperar en Dios, que tiene su tiempo previsto, que cuenta con la libertad de las personas, y que cuenta con nuestra petición.

Señor te pido que me concedas esto que necesito; te pido por esa persona que lo pasa mal. Sé que quieres nuestro bien y deseas concedernos lo que te pedimos. Pero aumenta mi fe para que no me canse; para que ante tu silencio no me parezca que me encuentro solo, porque sé que no es verdad. Digo como Tú dijiste: Padre, yo sé que siempre me escuchas (Jn 11,42), escucha las peticiones que hoy te hacemos. Que te haremos en la Misa, en la oración de los fieles.

21 tiempo ordinario

Conocer el cristianismo

“Simón Pedro tomó la palabra y dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Jesús le respondió: Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre sino mi Padre que está en el cielo” (Mt 16, 16-17)

Debió sonreír Jesús al escuchar a los discípulos que le informaban sobre las cosas que la gente decía sobre él. Jesús les había hecho esa pregunta no para enterarse de esas opiniones, sino para que, finalmente, Pedro afirmara –movido por el Padre celestial– quién era Él realmente y lo supieran sus seguidores. Porque Jesús no era un profeta, ni siquiera alguien bajado del cielo para hablarnos de Dios, sino el Mesías, el Hijo de Dios. No le interesaba que tuvieran una opinión personal acerca de quién era Él sino que supieran la gran realidad de que Dios estaba entre ellos.

Si hoy Jesús hiciera esta misma pregunta en nuestro entorno, ¿qué diría la gente? ¿Y qué diríamos nosotros mismos? Lo que importa en el cristiano –sobre todo cuando va a recibir la Comunión o la Confirmación– no es qué opinión tiene sobre Jesús, sobre la Iglesia, los sacramentos o sobre María, sino si realmente sabe quién es Jesús, quién es María, qué es la Iglesia, quiénes son los sacerdotes, etc. Para eso es la catequesis, para aprender estas realidades impresionantes que la fe nos enseña, y vivamos de ellas.

Porque ser cristiano consiste en conocer y seguir a ese Hombre que es a la vez Dios, en vivir de sus sacramentos porque Él está ahí, y vivir según sus palabras porque son palabras de Dios. Desde el inicio del cristianismo, los fieles vivieron así, siguiendo a aquel Hombre, y dieron sus vidas día a día por Él, y por eso dieron la vida en el martirio: por defender esa verdad

¿Comparo a Jesucristo con filósofos de otras religiones que dan consejos para ser buenos, o sé que Jesús no se puede comparar a nadie? ¿Leo el evangelio, hablo con Jesús? ¿Qué debería leer o con quién podría hablar para conocer mejor quién es Jesús? ¿Es para mí Jesucristo el norte y la guía de mi vida? ¿Sería capaz de dar la vida por su causa? ¿La estoy dando día a día?

22 tiempo ordinario

Morir para vivir

“Jesús se volvió y dijo a Pedro: ¡Quítate de mi vista, satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios. Entonces dijo a sus discípulos: El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga” (Mt 16, 23-25)

El domingo pasado contemplábamos la alabanza que Jesús hizo a san Pedro por su confesión: había acertado al decir que Jesús era hijo de Dios porque había seguido la sugerencia del Padre. Pero en el pasaje inmediatamente siguiente, en el de hoy, Jesús rechaza a Pedro, le rechaza como si fuera satanás, como rechazó al diablo aquel día de las tentaciones, porque razonaba humanamente y pretendía, con buena intención, apartarle de la Cruz, de la Redención. Ver las cosas como las ve Dios, he ahí la cuestión; y en concreto conocer el sentido de la vida tal como Dios la ve y la desea: la renuncia al propio yo, la mortificación del egoísmo, como medio para hacer la voluntad de Dios.

La Redención, es decir, la vuelta a la vida sobrenatural de los hombres, pasaba por la pasión y la muerte del Mesías. Y la vida espiritual del cristiano pasa por la renuncia. Ya san Pablo habla de que hay dos leyes en nuestros miembros, la de Dios y la del diablo (Rm 7,23). Y no hay más remedio que luchar para vivir la vida tal como Dios desea para nosotros. Porque renunciar al capricho, a la comodidad, al egoísmo, y en general a lo que nos lleva al pecado no es limitación, sino liberación.

La renuncia por el reino de los cielos, el sacrificio trae consigo la vida, es una de las grandes paradojas del cristianismo. Que la *buena vida*, la vida que hace verdaderamente feliz a uno mismo y a los demás (y por eso la quiere Dios para nosotros) es la que se ve con los ojos de Dios, no precisamente la que se entiende con los ojos humanos, la que prefiere el vicio a la virtud.

Jesús, que rechazas como diabólico ese modo humano de pensar, ¡cuánto te debe gustar que yo intente seguir la vida que Tú nos propones! Que entienda que el sacrificio y la renuncia es seguir el camino verdadero que nos lleva hacia Ti; que entienda que tener la cruz es tenerte a Ti, y por eso, es tener la alegría y la vida.

23 tiempo ordinario

Corrección fraterna

“Si ves que tu hermano peca, repréndelo a solas entre los dos. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano” (Mt 18,15)

La caridad pide ayudar a quien lo necesita, y mucho más cuando el otro no se da cuenta del mal que ha causado o del ridículo que ha hecho. Pero también lo exige la amistad humana: es una falta de lealtad hablar mal a las espaldas. La murmuración nunca ayuda al interesado, la murmuración siempre destruye. Es muy fácil destruir una vidriera, lo difícil es diseñarla y hacerla. Es muy fácil hablar a la ligera, o dejar caer una ironía que destapa un defecto. Lo difícil es callar para corregir en el momento y lugar oportuno con el fin de ayudar a que se enmiende el que erró. Para no tener salidas de tono es necesario estar habitualmente en presencia de Dios, y, después, en la oración ver cómo se le puede ayudar, sin echar en cara los fallos, los olvidos, la mala educación.

Corregir los defectos del prójimo es una obra de misericordia, un modo fino de vivir la caridad. Quizá a quien escuche esa advertencia no le guste recibirla en ese momento, pero si no es necio y advierte que se le ha dicho con sencillez, sin tratar de herirle, descubrirá con el tiempo que se lo han dicho por su bien, que es una manifestación de amistad, de alguien que le quiere de verdad, y lo agradecerá. Que es verdad el dicho aquel: «quien bien te quiere te hará llorar».

Todos necesitamos que nos corrijan, y quien nos corrige es porque nos quiere bien, ya que supone un esfuerzo y a veces pasar un mal rato. Es más cómodo no ayudar.

Señor, que yo tenga tal madurez sobrenatural y humana que me lleve a no querer mal a nadie, y a la vez tal odio al pecado que no deje pasar ninguna falta de quien pueda ayudar. Ayúdame a ver mis defectos para poder corregirlos, y bendice a quienes me han ayudado a corregirme.

Ayúdanos a ir creando un ambiente de confianza, de amistad y lealtad en el que todos podamos confiar en los demás, sabiendo que no hablarán mal a nuestras espaldas.

24 tiempo ordinario

Perdonar siempre

“Entonces el señor lo llamó y le dijo: ¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?” (Mt 18, 32-33)

Cuando Jesús fue vejado en la pasión era como si sus enemigos no pudieran llegar a herirle en su amor propio porque no tuviera amor propio. Jesús perdonaba siempre, ése era un signo de su realeza mesiánica, y desde la cruz pidió perdón al Padre por los que le afrentaban y mataban. De modo semejante, quienes están cerca de Dios ni siquiera tienen que perdonar porque, por grandes que hayan sido las calumnias o las injurias que padezcan, no se han sentido personalmente ofendidos, pues están desprendidos de sí mismos y los agravios no llegan a herirles su amor propio. Lógicamente sufren porque son hombres, porque no son insensibles a los golpes, pero por lo que se duelen es por la posible ofensa que se comete con esa mala acción.

A veces son pequeñas cosas las que nos pueden herir: el desagrado, una recompensa que esperábamos y nos es negada, una palabra hiriente que nos llega en un momento de cansancio... Otras pueden ser más graves: calumnias, interpretaciones torcidas de lo que hemos hecho con rectitud de intención, injusticias... Sea lo que fuere, para perdonar con rapidez, sin que quede nada en el alma, necesitamos desprendimiento y un corazón grande orientado hacia Dios. Esta grandeza de alma nos llevará a pedir por quienes nos han ocasionado un perjuicio, precisamente porque necesitan ver la verdad o precisan corregirse.

Señor, que siempre perdonas a quien acude a Ti con corazón arrepentido por muchas o graves que sean las ofensas; pues si llevaras cuenta de los delitos, ¿quién podría resistir? Gracias porque cuando perdonas lo haces para siempre. Enséñanos a no guardar una lista de agravios, y a perdonar y a olvidar las ofensas, porque a veces nos cuesta, por nuestro amor propio herido.

Ayúdanos a arrancar de cuajo esa raíz tan perniciosa de la soberbia para que vayamos pareciéndonos cada vez más a Ti, y porque por mucho que nos puedan ofender los demás, Tú nos has perdonado mucho más.

25 tiempo ordinario

Trabajar en la viña

“Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os pagaré lo debido” (Mt 20, 3-4)

Dios no cesa de mover los corazones de los cristianos para que trabajemos apostólicamente. Todos tenemos este encargo: a cada uno le llama y le envía para el advenimiento del Reino. «Esta vocación y misión personal define la dignidad y la responsabilidad de cada fiel laico y constituye el punto de apoyo de toda obra formativa (...). En efecto, Dios ha pensado en nosotros desde la eternidad y nos ha amado como personas únicas e irrepetibles, llamándonos a cada uno por nuestro nombre, como el Buen Pastor que a sus ovejas las llama a cada una por su nombre (Jn 10,3). Pero el eterno plan de Dios se nos revela a cada uno sólo a través del desarrollo histórico de nuestra vida y de sus acontecimientos, y, por tanto, sólo gradualmente: en cierto sentido, día a día» (Juan Pablo II, Ex. Ap. *Christifideles laici*, 58).

En cada jornada somos llamados por Dios para llevar a cabo sus planes de redención; cada día recibimos la gracia necesaria y Él espera que en esas circunstancias del trabajo, de la vida de familia o del descanso no sólo estemos cerca de Él, sino que sean ocasiones de apostolado. Aunque no participemos en una actividad organizada por una institución eclesial o no tengamos un encargo concreto, cualquier ocasión es buena para hacer apostolado con la palabra y con el ejemplo. Cada uno, si hace oración, se dará cuenta de lo mucho que puede hacer, porque el Señor se lo insinúa. Además, como decía un chico cristiano que fue a estudiar a Japón donde apenas hay católicos: «si no hablo a los demás de Dios, en diez años acabaré siendo como ellos».

Señor, quieres necesitar de mí, y estás dispuesto a pagarme generosamente; quiero decirte que, aunque no hubiera cielo, yo te amara, y aunque no hubiera infierno te temiera; no me tienes que dar porque te quiera, pues ya me has dado demasiado generosamente. Muéstrame, Señor, tus caminos, muéstrame qué debo de hacer, que yo iré a trabajar hoy a tu viña, porque Tú lo quieres.

26 tiempo ordinario

Rectificar hoy

“Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar a la viña. Él contestó: No quiero. Pero después se arrepintió y fue... En verdad os digo: los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de Dios” (Mt 21,28-31)

Los pecadores no precederán a los demás en el cielo por el hecho de pecar, sino por haber amado mucho, por haber hecho penitencia. Lo peor no es pecar, sino no arrepentirse. Los fariseos y ancianos de Israel estaban tan pagados de sí mismos, que se creían ya justificados ante Dios y no sentían la necesidad de convertirse. Por eso no querían reconocer que Jesús era el Mesías, porque ya estaban satisfechos con su modo de vida y no deseaban un mesías que les hablara de la verdad y del amor. Es muy cómodo formarse una teoría subjetiva con la que justificar los errores y no tener que cambiar de vida. ¡Cuántas veces, en cambio, para quien es patente su pecado, es más fácil la conversión!

Lo que importa no es preceder a los demás en esta tierra, sino en santidad en el cielo. Y en el cielo hay santos que han sido grandes pecadores, que dijeron a Dios que no querían trabajar por Él, pero se arrepintieron y fueron después a trabajar a su viña. Mientras estamos en el mundo nunca estamos abocados al infierno, todo tiene arreglo, porque siempre tenemos la posibilidad de rectificar. Es cuestión de humildad, de agachar la cabeza y cumplir lo que Dios quiere para nosotros.

Hemos de descubrir la maravilla de la confesión frecuente como medio para aclarar la conciencia y de hacer penitencia, pues, como recomienda la Iglesia, con su uso frecuente «crece la humildad cristiana, se hace frente a la tibieza e indolencia espiritual, se purifica la conciencia, se robustece la voluntad, se lleva a cabo la saludable dirección de las conciencias y aumenta la gracia en virtud del Sacramento mismo» (Pío XII, Enc. *Mystici Corporis*).

¡Cuántas veces digo yo que no a Dios, y prefiero otra cosa! Pero ya desde ahora te digo, Señor, que sí quiero. Estoy dispuesto a rectificar cuantas veces haga falta. Dame la humildad para reconocer el mal que hago y el bien que dejo de hacer.

27 tiempo ordinario

Dar fruto

“Un propietario plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje. Llegado el tiempo de la vendimia, envió sus criados a los labradores para percibir los frutos que le correspondían” (Mt 21, 33-34)

La existencia de cada persona es un regalo de Dios. Y también cada uno de nuestros sentidos (la vista, el gusto, etc.), así como el tiempo que estamos en esta tierra. Además, Dios nos envió a su Hijo para demostrarnos cuánto que nos ama, y se ha quedado en la Eucaristía; nos enseñó a rezar y nos dio a su Madre por Madre nuestra; nos da su gracia en los sacramentos, y nos la vuelve a dar si la perdemos por el pecado y acudimos al sacramento del perdón. Dios nos ha dado muchas cosas, todo lo bueno que tenemos es don.

Por eso, ¡qué necesidad la del que piensa que él mismo es pura libertad y que puede vivir su vida para él mismo!, porque nosotros somos una inversión de Dios. Y Dios, que es el Señor de nuestra vida tiene derecho a exigir a cada uno los frutos que Él espera porque ha invertido mucho en nosotros.

El hombre tiene libertad –ese gran don divino– pero *no es la libertad absoluta*. Nuestra libertad tiene siempre una referencia: hacer el bien, hacer lo que Dios espera. Por eso la libertad humana lleva siempre como reverso la responsabilidad. Nadie nos preguntó cuando nos pusieron en la existencia si queríamos ser mariposa, pájaro o persona humana, pero una vez que somos así, no tenemos más remedio que comportarnos como personas, es decir, que vivimos en este trozo de tierra un espacio de tiempo para realizar unos encargos. Nos guste o no, hemos de obedecer a Dios, porque así son las cosas, es lo que debemos de hacer, y es lo que nos viene bien.

Señor, sé que nadie me quiere mejor que Tú, y que si me pides algo es por mi bien, porque mi vida valdrá al final precisamente según las obras que Tú esperabas. ¿Cómo me ves ahora, Señor? ¿Estás contento de mí? ¿Estoy haciendo lo que tú deseas? Aquí tienes mis obras, perdóname por mis omisiones y ayúdame con tu gracia para servirte hoy mejor.

28 tiempo ordinario

Encuentro dominical

“El reino de los cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó criados para que avisaran a los convidados a la boda, pero no quisieron ir” (Mt 22, 2-3)

El Señor compara la llegada al cielo como la invitación a una fiesta de boda, y en el Apocalipsis se habla de los que se salvan como los que participan en las bodas del cordero, del Cordero que es Cristo (Ap 19,7). Hay gente que no quiere ir porque prefiere otro «plan». Es sorprendente que haya gente que de hecho no quiera ir al cielo, ¿por qué? Porque no saben, no valoran –nadie se lo ha explicado bien–, o porque son perezosos y les vence la comodidad y el gusto.

En la celebración eucarística está místicamente el cielo: está la Santísima Trinidad, están los ángeles y toda la Iglesia, con la Santísima Virgen, y es como un encuentro entre el Cordero que es Cristo y cada uno de los que participa en ella; un encuentro de amor, en el que Cristo se entrega al hombre y espera que el hombre se entregue totalmente a Él. En la Misa desaparece el tiempo y el espacio, y Jesús que se ofreció en el Calvario por todos y por cada uno, y “nos ha conocido y amado en la ofrenda de su vida” (*Catecismo*, 618), quiere encontrarse personalmente con cada uno, porque era físicamente imposible que todos los hombres pudiéramos estar aquel día del Calvario.

La Misa es un encuentro de amor, y Jesús la estableció a modo de banquete, es decir, al modo como los hombres celebramos los asuntos importantes e invitamos a quienes amamos: sentaos y comed conmigo nos dice. Mas que un precepto, debemos ver la participación en la misa dominical como una invitación del Señor, que desea estar con nosotros, con todos los cristianos ese día, y poder darnos sus dones sobrenaturales, y sobre todo poder darse a nosotros.

Que yo entienda el tesoro que encierra la Eucaristía; que advierta que es lo más importante del domingo –incluso lo más importante de cada día–. Que no me venza la pereza, que no tenga prisa. Que sepa explicárselo a los demás para que todos acudamos a esa llamada de amor, signo de estar en comunión con Cristo.

29 tiempo ordinario

Ir a Misa

“Les preguntó: ¿De quién son esta cara y esta inscripción. Le respondieron: Del César. Entonces les replicó: Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios” (Mt 22, 20-21)

Necesariamente tenemos que cumplir una serie de obligaciones laborales, familiares, sociales, cívicas,... Pero además tenemos unas obligaciones para con Dios. Cada cosa requiere su tiempo, y si no se llega a todo, tendrán que ceder las actividades menos importantes. A lo largo de los siglos y a lo ancho del mundo, en todos los pueblos la gente ha dado culto a Dios. En el pueblo de Israel, Dios concretó el culto en unas ceremonias, recogidas en el Levítico, y en su Iglesia ha establecido otras: los sacramentos y la oración, principalmente. Y como acto de culto supremo, la Santa Misa.

El hombre es la única criatura en la tierra que puede relacionarse con Dios. Y una vez que Dios ha establecido el culto que desea recibir, el cristiano no se plantea el ir a Misa sino como un honor, como la posibilidad de entrar en relación con Él. Por eso, durante siglos, en la Iglesia no había ningún precepto de asistir a la Eucaristía los días de fiesta, ¿cómo no iban a ir si eran cristianos? ¿cómo no iban a querer estar con Jesucristo? Sólo cuando la gente comenzó a perder la fe y el amor y dejó de participar en el acto de culto, la Iglesia, como Madre que es, impuso el precepto de asistir algunos días de fiesta.

¿Cuánto tiempo dedico al trabajo, a la alimentación, al sueño, a leer? ¿Me parece excesivo dedicar una hora a la semana a relacionarme con Dios? Si se me hace larga la Misa, ¿no será que es corto mi amor? ¿Antepongo otros asuntos a la Misa o veo a Dios como lo más importante en mi vida? ¿Comprendo que participar es tomar parte, entendiendo lo que significan los ritos, estando atento, haciendo actos de fe, esperanza y amor?

¿Sé que la Misa la dice Cristo y no un hombre? ¿Es realmente la Misa para mí un acto de culto, no sólo del sacerdote, sino mío también, un encuentro personal con Dios?

30 tiempo ordinario

El primer mandamiento

“Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley? El le dijo: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser». Este mandamiento es el principal y primero” (Mt 22,37)

Es lo que Dios ordenó a Israel, ahí se resumen la Ley y los Profetas. Y no puede ser de otra manera, pues todo lo creado está sujeto a Dios, y la criatura libre, debe libremente tener como su Señor a Dios. Además, Dios es la suma Bondad, sumamente amable, es el Amor. No se trata de una odiosa obligación de someterse a quien es eterno y poderoso, sino de amar a nuestro Padre celestial.

La virtud del orden inclina a quien la posee a tener unas prioridades a lo largo del día y de la semana. También lleva a poner cada cosa en su sitio; pero sobre todo a tener unas prioridades en la inteligencia y en los afectos, dando importancia a lo que la tiene, dedicando el tiempo necesario a cada asunto, y no más que el necesario. El orden exterior es una manifestación del orden interior de la persona. Cada uno ordena su vida según un criterio. Los ficheros de libros, por ejemplo se ordenan por orden alfabético, por materias, por autores, etc. El criterio en nuestra vida por el que ordenemos nuestros actos tiene que ser la santidad, es decir, la caridad con Dios. Todo, absolutamente todo tiene que estar sometido a este fin. Incluso el amor a los demás y el trabajo.

Lo primero es Dios: lo principal en la semana –incluso en el día– es dar culto a Dios. Lo primero es la oración, las normas de piedad, y sobre todo la participación en la Misa. Salvo urgente y grave necesidad, hay que hacer antes las normas de piedad que otras “obligaciones”, que sí pueden esperar. El Cielo no puede esperar. Tenemos que hacer examen para ver cuáles son nuestras las prioridades, a qué le damos más importancia, a qué dedicamos más tiempo.

¿Dónde tengo el corazón, en qué pienso habitualmente? ¿A quién hago yo esperar? ¿Dedico mucho tiempo a mis cosas, a mis aficiones? ¿Es ése el momento en que debo de hacerlo? ¿Están mis amores ordenados a Dios, o realmente amo a alguna persona como si fuera un dios? Señor, que no me entren las prisas para tus cosas. ¿Cómo te puedo demostrar mejor mi cariño?

31 tiempo ordinario

Hacer y callar

“Los escribas y fariseos... Haced y cumplid todo lo que os digan, pero no hagáis según sus obras, porque ellos dicen y no hacen...; hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres” (Mt 23, 3-6)

No es infrecuente encontrarse con personas que hablan y hablan de los males que aquejan a la sociedad, de la dificultad de orientar a los jóvenes, de la falta de vocaciones,... Son lamentos estériles que no construyen, que, incluso, sirven para crear malestar. Ya lo dice el refrán: «La rueda rota es la que más chirría». Se dice que hay que ser realistas, estar al tanto de los sucesos y de las circunstancias, y eso es bueno. Lo que no es bueno es poner el dedo en la llaga y no hacer nada por su parte para solucionar los problemas: decir y no hacer. En las personas que se pasan la vida quejándose se realiza aquello de: «Dime de qué presumes, y te diré de lo que careces».

Muy distinta es la vida de los que trabajan con realismo y discreción, pues no tienen tiempo para hacer cábalas; y aunque no vean los resultados a corto plazo, y aunque conozcan con realismo cómo está el ambiente, saben que es el trabajo, la ilusión y, sobre todo, la fe en la ayuda de Dios lo que hace que cambien los corazones y se transformen las instituciones. Quien es de tal modo “objetivo” que no ve solución a los problemas ni ningún lado positivo, en el fondo no es realista, sino un “cenizo pesimista corrosivo” que justifica su inoperancia y su ineficacia con teorías y lamentos.

Señor, auméntanos a todos la fe, la esperanza y la caridad para que veamos las personas y los sucesos como Tú los ves, que cuentas con el tiempo y las adversidades para mejorar a las personas, y que tienes tus provisiones –tu Providencia–.

Que entendamos los verdaderos signos de los tiempos como llamadas que Tú nos haces para que trabajemos más y mejor, y danos la ilusión para que vayamos al ritmo que Tú esperas. Haremos las cosas para Ti, solamente por Ti, aunque no lo vea nadie en este mundo. ¿Y los resultados? Los resultados los dejamos en tus manos.

32 tiempo ordinario

La lámpara encendida

“Pero las necias al tomar sus lámparas no llevaron aceite consigo... Mientras fueron a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta... El esposo respondió: En verdad os digo que no os conozco” (Mt 25, 3-13)

Aquellas muchachas no tenían otra cosa que hacer allí que entrar con unas lámparas encendidas acompañando al novio. No tenían que hacer otra cosa. Era muy fácil el encargo, pero el hecho fue que se olvidaron de llevar aceite de repuesto y al pasar el tiempo y darse cuenta de que se les apagaba su luz, se fueron, y no estuvieron allí en el momento preciso. La voz del esposo es contundente y tremenda: no os conozco, ya no nos veremos. ¿Por qué esa respuesta tan fuerte?, ¿por qué no la misericordia si las otras también se durmieron? Es que hay olvidos que no son falta de memoria, sino falta de interés, falta de amor.

Podría parecer que las otras doncellas no vivieron la caridad con ellas, o que el señor las trata sin compasión, pero es que en el corazón es donde uno decide hacer lo que hace. La jóvenes prudentes realmente fueron prudentes, no sólo en ser previsoras, sino también no quedándose sin aceite, porque si estaban allí era para lo que estaban.

En este mundo estamos para alabar a Dios, no para enredarnos en historias y teorías de tal suerte que al llegar la muerte a uno le *pille* no estando en gracia. Y eso se decide en el día a día, en el interés o la falta de interés ante las mociones de Dios. Nadie se puede quejar de que Dios le diga en la vida eterna que no le conoce (es lo más terrible que Dios puede decir a una criatura), porque depende de uno mismo el amor a Dios. Cada una de nuestras acciones nos acerca a la vida o nos aleja de Dios, cada una es de vida o muerte.

Dame, Señor, la virtud de la prudencia para acertar en cada caso con lo que debo de hacer y lo lleve a cabo; que quiera comprometerme en lo que Tú me sugieres; que no deje para mañana lo que debo de hacer hoy, pues el mañana no sé si llegará para mí. Quiero estar preparado en todo momento –con la luz encendida, en gracia y en oración–, para que cuando me llames, pueda yo también decir: Aquí estoy porque me has llamado.

33 tiempo ordinario

Somos distintos

“Un hombre al irse de viaje, llamó a sus empleados y los dejó encargados de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad” (Mt 25, 14-15)

En una película sobre Mozart se pone en evidencia cómo las personas somos muy distintas. Un compositor entrado en años llevaba en su mano la partitura de una melodía que había logrado componer después de dedicar mucho tiempo y esfuerzo; Amadeus Mozart, que es casi un niño, le arrebató en broma la partitura y con una facilidad pasmosa la interpreta de una manera diferente y mejorada. Al viejo compositor se le plantea la disyuntiva: los celos y el enfado, o reconocer que Amadeus es un genio y él no lo es. Somos muy distintos, y por eso no debemos compararnos con los demás. De las comparaciones surgirá la vanidad y pensar que uno hace más o mejor que los otros, o puede entrar el enojo y quedarse paralizado al comprobar que no se tienen las virtudes de los demás.

Con quien debemos contrastar nuestra vida es con Jesucristo, perfecto hombre, y hacer lo que podemos y debemos hacer. Dios nos va a pedir a cada uno según las capacidades que nos ha dado. No nos va a pedir, por tanto, aquello que no podemos dar; pero sí lo que podemos dar.

Cada uno haga lo que pueda, todo lo que pueda; lo que es locura es *enterrar el talento*, es decir, dedicar su tiempo y sus capacidades –que son de Dios– a sus egoístas planes personales. Y al que mucho se le dio, mucho se le pedirá.

Los santos que veneramos son personas que han sido fieles a Dios. Pero entre ellos son muy diferentes. Algunos eran intelectuales y otros no, unos fueron religiosos y otras madres de familia. Cada uno tuvo sus luchas, y su vida fue mucho más parecida a la nuestra de lo que a veces la imaginación les ha atribuido. También nosotros podemos ser santos, *a nuestra manera*; mejor dicho, a la manera que Dios quiere para nosotros.

Gracias, Dios mío, porque me has hecho como soy, porque me quieres como soy, incluso con mis defectos cuando trato de superarlos. Pídeme lo que quieras, y dame tu gracia para que, contigo, pueda cumplirlo.

Jesucristo, Rey del Universo

Servir es reinar

“Venid vosotros, benditos de mi Padre... Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis... Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis” (Mt 25, 31-37)

El juicio final será la manifestación pública de qué acciones eran las que teníamos que hacer en este mundo. No podemos vivir de modo egoísta nuestra vida. Si estamos en la tierra es para algo, no para tratar de disfrutar sin más. Además de las cosas que se refieren al servicio de Dios, hemos de hacer muchas obras en favor de los demás. Los que son condenados en el infierno según estas palabras del Señor no son los que han hecho acciones pecaminosas y no se arrepintieron –eso se da por supuesto–, sino también los que no hicieron el bien que podían y debían haber hecho; es decir, los pecados de omisión.

Es muy cómodo, muy egoísta, organizarse la propia vida sin querer ver las necesidades del prójimo. Pero si en esta tierra unos tienen unas oportunidades y otros no, unos son suficientes para salir adelante y otros son más débiles o están enfermos, Dios cuenta con unos para ayudar a los otros. Y no es una cuestión de justicia, no se trata sólo de resolver problemas, sino de ver en los que están necesitados personas.

Es más, Jesucristo eleva de tal manera la solidaridad, la caridad, que Él se pone en el lugar del enfermo, del niño, del marginado, del pobre, porque por cada uno Él vino a la tierra, padeció y murió. No basta con no abandonar a nadie, con no torturar o matar. Es que Jesús padeció la soledad, la injusticia, la tortura y la muerte, y se ha solidarizado de tal manera con cada persona que sufre, que pide a cada hombre que intente ayudar al que pasa necesidad.

Señor Jesús, que nunca fuiste indiferente ante el sufrimiento humano, y conoces bien el sufrimiento humano porque lo padeciste en tu carne y en tu espíritu, ayúdanos a tener corazón, a no desentendernos del necesitado. Y ayúdanos a llevar con paciencia nuestros dolores, unidos a tu Pasión, porque sabemos que así reinaremos contigo.